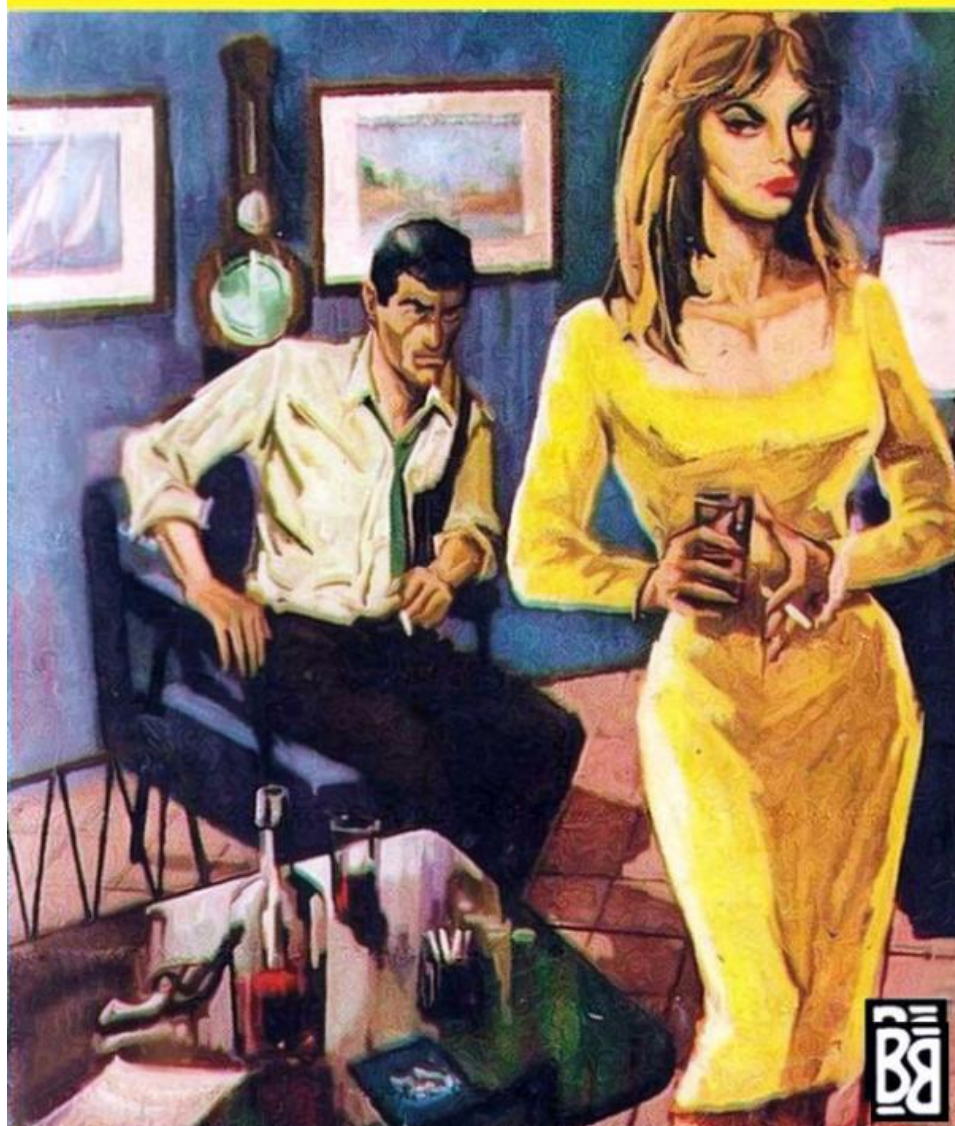


PUNTO
ROJO

pesadilla amarilla

peter debry



PESADILLA AMARILLA

ROSANA

JEAN
PASCAL





PETER DEBRY

PESADILLA AMARILLA

Colección PUNTO ROJO n.º 224

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 20022 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto 1966

© PETER DEBRY - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
945. — Pielés blancas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
816. — Tumbas en mi casa.
- En Colección BUFALO:**
656. — Valle diablo.
- En Colección CALIFORNIA:**
77. — Un póker llamado muerte.
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
516. — A cada cual su muerto.
- En Colección COLORADO:**
456. — Alias «Bravo Kid».
- En Colección PUNTO ROJO:**
217. — De timba en tumba.
- En Colección METRALLA:**
79. — Morir cada amanecer.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**
190. — Doctor Borgia.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
106. — Mi espía favorita.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
374. — «Kentucky Joe».
- En Colección BRAVO OESTE:**
287. — La heredera y los forajidos.
- En Colección KANSAS:**
420. — Lápida para desesperados.

CAPÍTULO PRIMERO

Resido en Berlín por cuenta del servicio. ¿Cuál? Imposible revelarlo: es un secreto de la Defensa Nacional francesa. Oficialmente, pertenezco al servicio cultural, cosa lógica, puesto que sé leer y escribir.

Mi verdadero trabajo consiste en enviar de vez en cuando un informe a mi jefe. Tengo que avisarle, con varios días de adelanto, la posibilidad de cualquier acontecimiento imprevisto.

Y lo imprevisto es constante en Berlín, ciudad infestada de colegas de todas las nacionalidades.

Es de noche y regreso apaciblemente a mi domicilio. Rondan las dos de la madrugada, y la velada no ha tenido nada de palpitante. Llego a mi calle. Fachadas blancas, arquitectura de vidrio y metal. Habito en uno de estos monstruos glaciales.

Y se me paran los pies, porque delante de mi puerta, unos sujetos se están peleando con gran ardor. Me agrada la gente deportiva. Les contemplo debatirse con dinámica energía.

La pega es que para entrar voy a tener que molestarles, rogándoles que vayan a hacer gimnasia un poco más lejos. ¿Y si no me hacen caso? Me acerco y descubro que entre estos guerreros entusiasmados, hay una mujer. Lamentable e indecoroso.

La joven se defiende contra los tres sujetos que pretenden arrastrarla hacia un coche. Visten impermeables oscuros, y tienen aspecto de policías. En todo caso, no son novatos. Tienen una técnica estimable. Y también es técnica la preciosa joven.

No pude reprimir un silbido admirativo al verla ir incrustar el índice tieso en el ojo de uno de sus aspirantes a raptor. El repentino tuerto retrocedió agarrándose la cara.

Decido intervenir. Todos los médicos aseguran que es excelente

relajarse un poco los nervios antes de acostarse. Ms aproximo más, y la joven me grita:

—¡Ayúdeme! ¡Son rusos!

Para mí, como si fueran tártaros. Resulta un abuso ver a tres grandullones atacar a una rubia estupenda. Empiezo por el tuerto que sigue agarrándose la cabeza, el pobre...

Le hincó un puntapié en el vientre. Abre las manos y al doblarse me exhibe una cara llena de dolorida sorpresa. Parece preguntarme dónde está la caballeridad de antaño. Como si gimiese: «¿Es que ahora rematan a los heridos o qué?».

Le dedico un gancho bajo la barbilla y va a pegar con el pescuezo al techo de un coche. Resbala lentamente asqueado ante la maldad humana.

Los otros dos se sienten repentinamente interesados por mi persona.

Son más cortos de talla que yo, pero más macizos. Uno me grita en alemán mezclado con insultos que no me meta en lo que no me importa.

Le contesto que quiero ir a dormir, y que me cortan el paso. El otro ya está embistiendo. Me aparto como, un torero que va a banderillar. Entrando el estómago y alzando las dos manos, las bajo sobre la nuca del toro humano.

Oigo un crujido y el perjudicado da todavía un par de pasos antes de alargarse casi al lado de su compañero.

El tercero, tal vez un poco escamado, titubea y pierde su oportunidad. Cree que va a recibir un zapatazo y esquiva encogido. Se lleva una sorpresa, al recibir sobre la coronilla la desagradable impresión de mis dos puños.

Golpe totalmente prohibido por las Federaciones de boxeo, pero no hay árbitro. Oscila un poco porque ha pegado dos magníficos directos al aire. Está groggy, el pobre.

El codazo que le hincó en la sien lo envía, a alinearse correctamente con sus dos compañeros de fatigas.

—Muchas gracias —sonríe la rubia.

—Servidor. Me llamo Pascal.

—Yo, Rosana.

La miro con detenimiento porque vale la pena. Un metro setenta aproximadamente, y las demás dimensiones en perfecta armonía.

Amarillo el cabello, mirada verdiazul, labios golosos. Viste un conjunto esponjoso, color amarillo también. Y le sienta el color. No parece nada emocionada. Pregunto:

—¿Cómo sabe usted que eran rusos?

—Dos o tres frases que intercambiaron.

—Habla usted muy bien el francés.

—Soy francesa por parte de madre.

—Yo podía ser un alemán que no supiera ni media de francés.

Apoya un dedo en mi solapa.

—¿Y esto?

Esto, es la cintita de la Legión de Honor. Me la dieron por haber deglutido un frasco de coñac al gollete. En las pausas, pude inutilizar una ametralladora argelina bastante molesta. Fue un churro, una chamba.

El peor peligro de la guerra es el alcoholismo. La ventaja es que en vez de llamarme borracho, me condecoraron.

—Tiene usted pupila, Rosana.

—Bastante.

—¿Dónde iba usted?

—A ningún sitio. Me paseaba, y un coche me siguió. Tuve miedo. Intenté correr. Y bajaron.

—Oiga, su toque de uña en el ojo estuvo sano.

Sonríe gentilmente la linda criatura.

—Una mujer debe aprender algunos pequeños trucos.

Contemplo a los tres agresores. Persisten en dormir. El espectáculo me reconforta y reconcilia con la naturaleza humana. El sueño de un hampón es tan angelical como el de un niño. Debe ser porque mentalmente tienen la misma edad los delincuentes de poca monta.

—¿Dónde desea ir, Rosana?

Alza los hombros y hace un mohín. Dos delicias. Le señalo el coche cuyo motor sigue ronroneando.

—Ya que está a punto, aprovechemos.

Asiente y dirige una mirada indignada hacia las fachadas.

—En su barrio tienen el sueño pesado, Pascal.

—Prefieren taparse la cabeza con la manta. Y tienen razón. Están hartos de participar en conflictos internacionales.

Entro en el coche. Es un «Opel». Ella se instala a mi lado y de un

bolsillo interior extrae un paquete. Manipula un encendedor amarillo. Aspira violentamente la primera bocanada. Estira las piernas. Largas, mullidas e inteligentes.

Al soltar el freno rozo la parte superior de su rodilla.

—Cuidado —susurra ella.

—Palabra que repetiré, si puedo.

—No lo haga, por favor. Tiene usted una cara dura. Y rara.

—Nunca he presumido de guapo. Según mi respetable jefe, hay mezcla de zorro y mulo en mis facciones. Algunas dicen que estoy bárbaro, y soy su chatín. Como chato lo soy un rato, eso sí. Defiendo mi perfil.

»Parece ser que tengo unos ojos rebosantes de delicadeza.

—Se lo diré cuando los haya visto bastante.

Subimos por un bulevar profusamente iluminado. Giro a la derecha, en una calle más oscura. Un letrero luminoso pincela una fachada. Me paro delante.

Un almirante se precipita, saludándome con cordialidad. Es Otto, el encargado de acompañar los clientes a la entrada y a la salida. Muy afectuosamente, si son correctos. Con muy mala uva, si son groseros.

Entramos en el local. Un pianista malgasta en el teclado más talento del que merece su paga. En este bar, los oficiales aliados vienen a «tomar la espuela». Las penúltimas copas a hora avanzada.

Rosana comenta:

—Mis raptos deben estar despertándose. ¿No los denuncia a la policía?

—No era a mí a quien querían secuestrar.

—Pero huirán.

—Allá ellos. Los fusilarán.

—¿Usted cree?

—Les sobran hombres y les faltan coches. Figúrese.

La llevo hacia una mesa donde sonrío un rubio atleta, de rostro cuadrado y ojos muy claros. Lo presento:

—Mi amigo Buster. Yanqui de los finos.

—Hola —dice ella, tendiendo la diestra.

Una mano que Buster agarra con avidez. Rosana se pasa la otra mano por delante el rostro.

—Les dejo un instante. Tengo la sensación de estar algo sucia.

Se aleja hacia la sala de damas. Buster me toca el codo, preguntando:

—¿Trabaja para ti?

—Vaya... ¿Es del gremio?

—Llegó hace cuatro días de Washington. Con tres toneladas de cartas de recomendación. Todos los generales del Pentágono y no son pocos.

—¿Y a qué viene?

—No lo sé todavía. Tal vez para rescatar a Kruschef. O hacer aterrizar el próximo «Lunik» en el parque de la Casa Blanca. Algo por el estilo.

—Pues un poco más y era ella la que aterrizaba en el Kremlin.

Le explico a Buster cómo entre Rosana y yo nos libramos de un trío quizá soviético. Buster traga un cuarto de litro de saliva. Gime:

—Me salvaste, hermano. Porque si hubiese tenido que anunciarle al «Caimán» que Rosana servía de entretenimiento a una brigada de la N.K.V.D., ¿te das cuenta el hocico del «Caimán»? Me destina a la sección de colilleros.

El «Caimán» es uno de los jefes del contraespionaje americano en Berlín. Oficialmente, dirige una misión económica relacionada con la balanza de pagos. Para él, una balanza es un trasto con dos platillos.

Pero en lo tocante a lo demás, guarda en la cabeza el fichero de unos cinco o seis mil agentes de varias nacionalidades. Le mencionan un nombre. Recita todos los desplazamientos del citado durante los últimos cinco años.

El apodo de «Caimán» se debe al encanto especial que emana de su persona.

—¿Cómo pudieron enterarse los cosacos de quién era Rosana?

—me pregunta Buster.

—Por uno cualquiera de los ochocientos ochenta agentes que los rusos tienen en tu Pentágono. A veces pareces cándido tú.

Le hacemos sitio a Rosana que instalándose, afirma:

—Supongo que hablaron de mí.

—No sabía a quién tuve el honor de ayudar.

Interviene Buster:

—Para Pascal no tengo ningún secreto. Primero, porque nuestros dos gobiernos están de acuerdo en intercambiar las informaciones.

—Sobre todo las falsas —aclaró yo.

Buster sonríe amablemente como dando a entender que a los cretinos como yo, más vale no contrariarlos, Prosigue:

—Segundo, porque con Pascal hemos añadido al tratado internacional una cláusula personal que simplifica mucho nuestra tarea. Nos comunicamos también las informaciones verdaderas. Y se lo explico, Rosana, porque tarde o temprano habría sabido que Pascal es mi equivalente francés.

El camarero trae el frasco y las copas. Por unos instantes conservamos un religioso silencio. Cuando se larga, el camarero, pregunto:

—¿Por qué la atacaron, Rosana?

—Desde el primer minuto, es lo que me pregunté yo misma. ¿Quién pudo informarles?

—¿Por qué se hallaba usted en aquel barrio? —persisto.

—Antes le mentí.

—¿Por qué?

—Es lo único que le apasiona —sonríe Buster—. Siempre repetir: «¿Por qué, por qué?»...

—Tuve que mentirle porque no sabía que usted era de los nuestros, Pascal. Yo no me paseaba. Me telefonearon para citarme en una esquina. Pero me fijaron el trayecto. Debía pasar por aquella calle, me dijeron.

—¿Quién?

—Alguien que conozco.

—Y que yo no debo conocer, ¿no?

—Todavía no hemos concertado un acuerdo particular —me musita ella.

—También es verdad.

Ladeo la cara hacia Buster.

—¿Le informará del incidente al «Caimán»?

—Verbalmente, y lo antes posible.

Regreso a Rosana:

—¿Querían secuestrarla o suprimirla?

—Supongo que tenían que llevarme al otro lado.

—¿Para obligarla a cantar el motivo de su estancia en Berlín?

—Seguro.

Es hora de dormir. Me levanto. Y ella me asesta una mirada

plena de seducción al indagar:

—¿Se marcha ya?

—Tengo sueño. Éste no. Duerme de día, porque es listo.

Rosana entreabre los labios. Dientecitos de leche en la sinfonía amarilla de cabello y vestido. Suspira:

—No sé decirle otra cosa más elocuente, Pascal. Gracias.

—Por el momento, me contentaré.

Buster me sacude la diestra con entusiasmo. Eso de que me largue sin probar suerte, le emociona.

Fuera, Otto apenas me ve, se precipita al «Opel».

—No te molestes. Llama un taxi. Este coche, si te gusta, es tuyo.

Me mira alélado pero recoger el llavero que le tiendo. Le explico:

—Puede que dentro encuentres una o dos pistolas. Me las devuelves. Las colecciono.

El taxi espera. Otto me ayuda a subir como si se tratase de una carroza y yo fuese archiduque.

Tengo sueño, de verdad. Hago parar el taxi dos calles antes de la mía. Nunca se sabe. Es preferible no mezclar chóferes de taxi en posibles incidencias.

Giro la esquina de mi residencia, y me detengo, indignado. Pero, bueno, ¿qué clase de broma idiota me están endilgando?

En el mismo sitio que antes, exactamente ante mi puerta, se está desarrollando otra batalla igualmente encarnizada y abusiva.

Con una variante. Esta vez los tipos son cuatro, y la mujer no es rubia, sino morena. Esto es una epidemia, concho.

Me precipito y veo embestir al mismo bruto que antes. Esta vez no toreo, y es él quien se aparta creyéndome incapaz de renovar mi estilo Voy a meterle un rodillazo en la nariz, al pobre.

Y un choque violento campanillea dentro de mi cabeza.

Una impresión curiosa. Parece como si me he dado yo mismo el rodillazo en el cráneo. En todo caso, es un tranquilizante fantástico.

Produce un sueño inmediato. Lo garantizo.

CAPÍTULO II

Cuando abro los ojos me ofrecen la imagen de un agente de policía inclinado sobre mí. Estoy sentado contra la fachada. Oigo una voz que me pregunta qué tal me encuentro. Vivo, que es lo que importa.

Otra voz me explica que llegaron a tiempo, avisados por un vecino que deseaba saber si el campeonato mundial de lucha libre tenía lugar aquella noche bajo sus ventanas.

—¿Y la morena? —pregunto.

El policía se aparta. Percibo a la que quise demostrar que yo era el campeón defensor de doncellas. Me sonrío apenada, al decir:

—Yo venía a visitarle a usted.

—¿A mí? Ah... ¿Y sus amigos se oponían?

—Exactamente.

—Yo no la conozco.

—Pero yo a usted sí, señor Pascal.

El polizonte me pregunta si hago una denuncia. Le digo que no, y se pone muy triste. No sabe si mi negativa se debe a bondad o a pánico. Me dice que él dará su informe. Es su deber. No puedo impedirselo. Añade que seré interrogado en su debido tiempo. Cortésmente le digo que bueno. Pregunto:

—¿Dónde están los agresores?

—Huyeron. Un coche les aguardaba.

—¿«Opel» negro?

—Eso es.

—Una marca estupenda.

Como he recibido un golpe en la coronilla, el policía da por seguro que soporto mal esta clase de tratamientos. Anota mi nombre y dirección, me saluda y pregunta a la morena si desea que

la acompañen. Ella contesta que se queda conmigo. Los dos agentes se van.

La morena y yo subimos a mi piso de soltero empedernido. Dos habitaciones. Alfombras, diván, luces indirectas, espejos indiscretos. Entro el primero, en contra del reglamento. Aclaro:

—Prefiero ser descortés a tenerla que recoger con un cesto.

Alargo mucho el brazo para pulsar el interruptor. No explota nada. La luz se enciende normalmente. Contemplo a mi visitante.

Es del estilo deportivo alemán. Largas piernas, anchas caderas, estrecha cintura y busto realmente impresionante. Rostro redondo, ojazos azules y boca carnosa.

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—Lo que me obliga a molestarle, tuvo lugar esta noche.

—Ah... ¿Y yo qué puedo hacer, ya que no me molesta ni mucho menos?

—Han secuestrado a mi padre. Me llamo Flugel. Irma Flugel.

—¿Flugel? Me suena.

—Mi padre era funcionario del Ayuntamiento.

—Ya. ¿Quién lo secuestró?

—No lo sé. Soy estudiante y regresé a casa hacia las ocho de la noche. Vivo con mi padre. Mi madre murió hace un año. Me ha extrañado no encontrarle. A las diez telefoneé a un colega de mi padre. Estaba tan sorprendido como yo. Mi padre había salido hacia las cinco de su despacho, según dijo, para una inspección de obras subterráneas.

—¿Subterráneas? —mi alemán es bastante perfecto, pero a veces no capto.

—Está en la sección de tendidos y cableados subterráneos. Cogió un coche de servicio, declinando la oferta del chófer. Ya no le han visto más.

Una expresión de angustia alienta en su mirada. Le pregunto si quiere beber algo. Acepta. Abro la nevera, y preparo dos combinados. Me contempla con inquietud. La comprendo. Debe estar preguntándose si puede tener confianza en mí. Yo me pregunto lo mismo.

Me está empezando a gustar horrores Irma Flugel. Tiene algo de pava succulenta.

—¿Por qué vino a verme, Irma?

—Mi padre me facilitó su nombre y dirección.

—¿Por qué?

—Un día me dijo: «Si me pasa algo, vete a ver a un oficial francés. El teniente Pascal».

—Ya no soy oficial. ¿Y cuándo le dijo esto su papé?

—Hace cuatro días.

—¿Estaba inquieto?

—Lo parecía.

—¿Por qué no se dirigió él personalmente a mí?

—No lo sé.

Tiende la mano. Su brazo es redondo, y la piel parece que debe ser dulce y satinada. Tiene un encanto carnal en todos sus movimientos.

—Un cigarrillo, por favor.

Obedezco a la petición. Fuma en silencio. Evoco el rostro de Franz Flugel. Un sesentón. Cabellos grises. Bigote de acero.

¿Sabía la hija el papel que Franz Flugel desempeñaba para mí? Un informador valioso. Lo recluté por recomendación de un amigo mutuo.

—¿Quién supone usted que lo raptó, Irma?

—Los del otro lado, sin duda.

—¿Los comunistas?

—¿Quién si no?

Mi ingenuidad la irrita. Persisto:

—¿Por qué?

—El no simpatizaba con ellos.

—Si fuesen a raptar de Berlín todos los que no simpatizan con ellos, íbamos de cabeza a Moscú el noventa por ciento.

—El trabajaba contra ellos. Con usted.

—Yo no trabajo contra ellos.

—¿Contra quién entonces? ¿Contra los marcianos?

No es tan pava como parece. Mejor. Nos miramos. Yo, boca cerrada. En mi profesión es mejor parecer un retrasado mental.

—El le informaba —me aclara Irma.

—Supongo que no creará usted que voy a correr a rescatar a su papá, sable en alto y al frente de un batallón francés.

—Ya sé que la vida de un alemán no vale la pena para un francés.

Eso sí que me calienta. Es un golpe bajo. No hay derecho.

—Oiga, jovencita, si vuelve a soltarme una perrería de esta clase, lo siento mucho, pero le voy a largar unas nalgadas, maldita sea. Usted no es una inculta borrica. Para mí y para muchos franceses, nos tienen sin cuidado las rayas. Hay alemanes amigos nuestros, como también hay cafres enemigos en cualquier parte del mundo. Nosotros, los franceses, estamos podridos de antigüedad y civilización. Consideramos que el odio es propio de las bestias sin cultura.

Ya me he armado un taco. Además la parrafada me ha agotado. Musita ella:

—Perdone. No quise ofenderle. Es posible que no, pero todavía me pica. Largo una flecha venenosa:

—¿Por qué no recurre a la policía alemana, Irma? Según algunos historiadores, trabajaba muy bien.

Frunce las cejas. Ha acusado mi mezquindad. Estamos en paz. Pregunto:

—¿Existe un hecho concreto que demuestre la intervención de la gente del otro lado?

—Hace algún tiempo, mi padre recibió la visita de una mujer joven, con aspecto de proceder del otro lado. Ya comprende lo que quiero decir: poco elegante, vestido austero, cabellos tensados hacia atrás, rostro duro.

—¿Visita larga?

—Sí. Casi una hora con mi padre. No oí más que las últimas palabras que intercambiaron en la puerta. «Iré a verla», dijo mi padre. «Cuanto antes será mejor», replicó ella.

—Y por ello deduce que ha sido atraído al Berlín-Este bajo pretexto de colaborar en una investigación.

—Exacto.

—Un momento, Irma. Su padre era viudo, me ha dicho. No era de madera. Podía tener una amiga, alguna relación femenina...

—Que yo sepa, no. Solamente vivía para mí, para su trabajo...

Titubea, y remato yo la frase:

—... y para impedir que Berlín pudiera sovietaizarse. Bien, ¿y qué puedo yo hacer?

—No lo sé. Ignoro quién es usted, y qué trabajo secreto hacía mi padre para usted.

—Soy un modesto funcionario francés.

—No es lo que parecía creer mi padre.

—Tal vez me supuso más importante. No lo soy.

Dos lagrimones perlan las pestañas y resbalan sobre las redondas mejillas, mientras murmura:

—El colega al que telefoneé me dijo que anteayer mi padre le declaró que había descubierto algo formidable. Pero no aclaró nada. Parecía a la vez exaltado e inquieto, como alguien que se halla ante un caso inmensamente grave y teme no saber resolverlo.

—Si tanta confianza tenía en mí, ¿por qué no me llamó?

—Pregúnteselo cuando le encuentre —silabea ella rencorosa.

Y bruscamente, estalla en sollozos. Me levanto y me acerco. Ella reclina su perfil contra mi cadera. Gime:

—Tengo miedo, tengo miedo.

—Escuche, Irma. No sé si podré ayudarla. Pero hay servicios oficiales, americanos, ingleses, franceses... Si quiere, puedo avisar a alguno.

Se levanta. Su rostro queda casi a la altura del mío. Walkyria.

—No quiero irme. Tengo miedo de volver a casa. Déjeme quedarme.

Vaya... No tengo más que una cama, y no estoy dispuesto a coger agujetas durmiendo en el diván.

La voz femenina se hace trémula:

—No puedo soportar la idea de quedarme sola. Están en torno. Me acechan, me vigilan.

—¿Quién?

Se impacienta:

—¡Ellos! Vendrán un día. Ninguna de nosotras llegará a los treinta años entre las jóvenes como yo. Lo, sé desde que tuve diez años. Nos violarán. Y todos vosotros no haréis nada por impedirlo. Ojalá que una bomba nos reduzca a todos a cenizas.

Vaya... Histeria galopante, la pobre. Alza un semblante de ojos casi en blanco. Evidentemente no es del género risueño. Más bien del estilo dramático, fin del mundo, explosión nuclear, etcétera. No se lo puedo recriminar la pobrecilla.

Le rodeo los hombros, sin mala intención, palabra. Porque me da pena.

Y susurra:

—Déjame quedarme aquí, contigo.

Tras su cabeza, veo en mi muñeca la hora. Las tres de la madrugada. Debería dormir ya.

No puedo. Los labios de Irma son extremadamente deliciosos.

CAPÍTULO III

El coronel que tengo por jefe, procede de Caballería. Pero siempre dice que todavía son más brutos los de Información, lo cual es una especie de récord.

Tiene cincuenta años, no quiere parecerlos, y queda pasable. Cutis bronce, cabellos acero en cepillo, mirada glacialmente azul. Cuando una mujer le hace tilín, endurece los maxilares para componerse cara heroica.

Desde que le dejé creer que es el campeón de los seductores del Ejército francés, me concede casi todo lo que le pido. Sus discursos son un rollo, porque le encanta el sonido de su propia voz. Aparte estas menudencias, domina bastante bien su oficio.

Ahora es él quien me escucha cortésmente. Cuando termino me tiende un escrito.

—Lea, amigo mío.

Obedezco. Es un informe procedente de los americanos. Se refiere a Franz Flugel y acusa a éste de tener una amante en Alemania Oriental. Por consiguiente, no hay que preocuparse.

—Ahora lea esta «escucha».

Copia de la radio comunista: «A las siete, esta misma mañana, el locutor anunció que Franz Flugel, escandalizado ante las maniobras imperialistas, ha elegido vivir en el Este».

—Entonces, para usted, los americanos y la radio del Este, equivalen al Evangelio.

—Sólo hay un Evangelio para mí. Prosiga, muchacho.

—Si Flugel estuviese por gusto allá, habría hablado por radio.

—Dice usted que, según la hija, Flugel aludió «a haber descubierto algo formidable». Pero desde hace tres años estoy aquí, y cada semana me anuncian algo formidable.

Le explico mi toma de contacto con Rosana. Le pregunto si la conoce, y adopta un aire de superioridad.

—He oído hablar de ella. Su llegada ha sido poco discreta. Todo el mundo sabe ya que la han enviado de misión. Por parte de nuestros amigos yanquis, puede tratarse de una candidez enorme o de una sutilidad de primera clase.

Dejamos pasar un rato, simulando reflexionar profundamente sobre este grave problema. Por fin le espeto:

—Como es lógico, usted me ordena que vaya a buscar a Flugel.

—Sus raptos me interesan mucho más.

—Claro, pero no se dejarán traer.

—Vaya con cuidado, porque me disgustaría oír...

—Que escogí la libertad, según aseguraría la radio del Este.

—¿Irás a ver a Lustic?

Asiento con la cabeza; Es nuestro mejor agente al otro lado. Un vendedor de radios, con aspecto de maestro de escuela.

Saludo al coronel que en estas circunstancias siempre pronuncia la misma frase:

—Que Dios le proteja, amigo mío.

No hay armonía. Es un fervoroso creyente. Asegura que si sus pecados le sumergen en el infierno, se quedará decepcionado, tras su convivencia con «los héroes de la sombra».

Dejo encomendada la vigilancia de mi piso y de Irma, a un gorila amigo.

Para pasar a la zona Este dispongo de varios filones. El más rápido, es un oficial vopo que, contra un depósito mensual de una cantidad confortable en un Banco de Francfort, resulta una ayuda eficaz.

Primera etapa: un puesto de guardia francés, al mando de un teniente marsellés que me informa:

—No sé lo que les pasa hoy, pero están chinchés.

—¿También nuestro amigo?

—Allí está, pero con cara de mico asustado.

—Avísale.

—Voy a intentarlo.

La señal convenida consiste en que el teniente se quite el kepis, dando frente al puesto alemán, y se rasque la raya del cabello. El vopo se asoma entonces para hacer ver que examinará mis papeles.

Apercibo a nuestro cómplice que sale de una cabaña cuya ventana da sobre el lado francés. Camina sin prisas, hacia nosotros. Vuelvo a subir en el coche, y franqueo la «tierra de nadie». No me siento muy tranquilo, no sé por qué. De costumbre, soy poco sensible a la inquietud ajena.

El vopo me detiene unos metros antes de la barrera. Su cara está crispada, y masculla:

—Hubiese preferido no verle hoy.

—Yo también, créame.

—Hay marea. Consignas muy duras. Han llegado especialistas rusos.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Imposible saberlo. Creo me trasladarán. Creo sospechan.

A la vez hace como si examinara cuidadosamente mis papeles. Y gruñe:

—Están peor falsificados que nunca —y dando un paso atrás, hace la señal que alzaré la barrera—. Agrega: —Desconfíe.

Un consejo inútil. Cada vez que paso la línea, me convierto en una bestia en la jungla. Un árbol, una sombra, un rumor, son para mí tantas otras señales anunciando al enemigo.

No demuestro el miedo. Por lo menos así lo espero. El miedo está siempre presente. Dictándome las reacciones defensivas, a veces demasiado rápidas. Tengo miedo. Por consiguiente, soy un héroe.

Berlín Este se abre ante mí, triste, gris y feo. Conduzco con todos los sentidos despiertos. Penetro por un callejón que me conduce a un patio bordeado de muros. Sin ventanas ni aberturas. Un techo de uralita ondulada convierte el patio en garaje improvisado. Un agente me encontró este refugio. Más vale no circular demasiado en coche.

Lustic tiene su establecimiento a unos quinientos metros. Una tienda pasable. Lustic está al fondo, regateando con una compradora que eligió un transistor. Por fin la acompaña a la salida, y regresa aprisa:

—Ya sabía que vendría. Por aquí, las cosas se mueven, ¿verdad?

Me habla como si yo estuviese al corriente. Pregunto:

—¿Qué planean?

—Imposible saberlo. Están relevando unidades. Han llegado técnicos rusos, distintos a los anteriores. Detienen más que antes.

—He venido a propósito de un funcionario llamado Flugel. Lo secuestraron. ¿Dónde está?

—Ni idea.

—Pues tiene usted que apañárselas, viejo.

—Precisamente ahora lo que más deseo es no moverme.

Está asustado. Es su derecho. No insisto sobre su colaboración.

—Dígame entonces quién puede informarme.

—Georg.

—¿El policía? Bien, llámelo.

Georg es de la Kripol, y como solamente se ocupa de casos criminales, logró convencer a sus jefes de que Lustic era un valioso soplón. Lustic marca unos números. Pide por un despacho, escucha, y veo cómo le baila un músculo en su mejilla. Colgando, dice apesadumbrado:

—Georg ya no está. No pertenece ya al servicio.

Mal principio. Hay días en que uno haría mejor en volver a la cama. Señalo el altillo de la tienda:

—¿Puedo dormir allí arriba?

—Oiga... Hoy no. Se prepara algo que no me gusta.

Conozco este estado de ánimo de los que se hallan siempre bajo presión. Presienten el peligro antes de que exista. Entra un cliente en la tienda. Parece un fugitivo. O será la obsesión normal. Se precipita sobre Lustic.

—No me conoce. Soy Klaus, el adjunto de Georg. Su mujer acaba de darme esta dirección.

—¿Dónde está Georg?

—Muerto. Degollado esta noche por un ladrón.

Suspira Lustic, resignado. Klaus agrega:

—Ningún ladrón ataca a Georg. La versión oficial que nos han comunicado, Georg muerto en acto de servicio.

Pero me informó en la dirección donde decían hubo un ladrón rabioso. Y no pasó nada.

—Entonces, ahora intentarán hacer cantar a Georg —gime Lustic.

—Creo más bien que se suicidó.

Me acerco, preguntándole a Klaus:

—¿Estaba usted al corriente del trabajo extra de Georg?

—Lo suponía.

—Una o dos veces, por alusiones. Pero nunca francamente.

—¿No confiaba en usted?

—¿Quién confía en quién en este maldito oficio?

Decido confiar en él. Es infringir la primera lección del curso elemental de espionaje. Pero hoy tengo prisa. En pocas palabras le explico lo que deseo. ¿Sabe dónde puede estar Flugel?

Sonríe complacido.

—Si lo secuestraron, no puede estar más que en un sitio. La nueva mansión en que acaban de instalarse.

—¿Quiénes?

—Una de sus cien policías especiales. Con pocos alemanes. Más bien húngaros, polacos, checos. Han requisado una mansión. Unos vecinos se han quejado del ruido y los gritos. Les contestaron que eligiesen entre mudarse a otro sitio o venir a visitar el interior. Eligieron todos la primera solución.

—¿Dónde está este chalet?

Lustic ya está desplegando un plano. El policía busca con el dedo, palpa el sector al oeste, sigue unas calles, y se detiene su dedo.

—Aquí. Sitio muy tranquilo.

—¿Cómo se llega?

—Hay una línea de autobús. ¿Qué pretende hacer? —inquire Klaus.

—De un modo u otro tengo que visitar el interior.

—Puedo ayudarle. Todavía hay desorden, porque hace poco que se han instalado, y todo no funciona al dedillo. Además, trabajan en conexión con la policía alemana. Mi servicio no ha entrado en contacto con ellos aún. No tardarán.

—Entonces, ¿cree usted que yo podría pasar como policía alemán?

—Es posible. En un cuarto de hora puedo traerle un documento que le convertirá en un enviado de la Kripol. Mi jefe está ausente hasta mañana. Nadie tomará iniciativas en su ausencia.

El rostro de Lustic expresa desaprobación. Como un alpinista prudente que presencia cómo dos jóvenes alocados intentan escalar mi murallón vertical, calzando patines.

Klaus añade:

—No corre peligro.

—¿Y usted? —le pregunto.

—Tampoco, si mañana ya está usted al otro lado.

—Vaya a por mi credencial.

Me quedo a solas con Lustic que gruñe:

—Todo esto no me gusta nada.

—Si nada más hiciésemos aquello que nos gusta, yo estaría pescando truchas en el Sena.

—Cuando logre entrar, ¿qué hará allá dentro?

—Si lo supiera ahora, sería fakir.

—Vamos a acabar todos pulverizados.

Lustic empieza a crisparme, con su delirante optimismo. Prefiero enchufar un aparato y oír música de violines. Y cuando reaparece el joven polizonte, me reanimo. Por lo menos, éste es todo ardor, ímpetu y confianza.

—Aquí está. Con esto dispone de unas veinte horas de libertad.

Examino el documento. El jefe de la sección novena de la Brigada Criminal notifica al jefe de la misión quinta, que pone a su disposición al portador del salvoconducto, como agente de enlace.

—Para el caso que le hiciesen preguntas, le he traído una copia del cuadro de organización del servicio, con los nombres del personal. En cuanto a los acontecimientos, el más reciente e importante es la muerte de Georg. Para usted fue un ladrón el que mató a Georg. Solamente ha de conocer la tesis oficial.

Este Klaus es una perla. Le ofrezco:

—Si quiere, puede ocupar el puesto de Georg.

Acepta con avidez. Otro al que le agradan las emociones y la buena paga. Corta, pero buena vida. Como despedida le digo a Lustic:

—Repose tranquilo, viejo. Pase lo que pase no recurriré a usted. Y en caso de que se le compliquen las cosas, emplee la vía de escape que se le indicó.

Por la calle avanzo a solas con mis pensamientos. Ahora tendré que enfrentarme con los compañeros de la competencia. Cuyo trabajo consiste precisamente en impedir que uno haga su propio trabajo.

De todos modos, ya no debo presentarle cuentas a nadie. Actúo

por mi cuenta. Gano o pierdo yo solo. Y como siempre en situaciones idénticas, es la misma imagen la que vislumbro.

Una isla bañada por el sol, rodeada de un mar azul celeste, con orla de arena rubia, y yo tendido, aislado, soñando, inaccesible, intocable y feliz. Algún día, quién sabe...

De momento no hay modo de encontrar un taxi. Tengo que meterme en un autobús. Con frecuencia me dicen:

«Oiga, usted se debe pegar la vida padre. Saltar de un avión a otro, y de un “Jaguar” a un “Ferrari”».

Sí, sí. De un autobús a otro. Y vaya vida la del aventurero apretado contra un ama de casa con su cesta y un asmático obeso. Bajo en la parada más cercana a la mansión.

Es un barrio residencial. Hay muchos centinelas ante las verjas. Deben ser casas de jefazos. Aman mucho al pueblo, pero manteniéndolo a distancia.

Por la acera bordeada de árboles, localizo la mansión. Dos hombres de capote verdoso pasean ante la verja. ¿Nacionalidad? Apostaría a que son húngaros. Muestro mi credencial.

Uno de los centinelas lo lee con detenimiento. Espero pacientemente con la mirada vacía del perfecto funcionario de policía que solamente hace funcionar el seso cuando se lo indican. Empiezo a sospechar que el centinela sabe de alemán lo mismo que yo de húngaro.

Arriesgo una frase para explicarle que soy un enlace. Su mirada poco fraternal me cierra la boca. Le pido perdón con gran humildad. Eso le gusta. Todos los centinelas del mundo entero adoran ser respetados. Me devuelve el escrito y hace señal de que pase.

Sobresaliente en el primer examen. Pasemos al segundo. Me encuentro en un vestíbulo, y tras una mesa, un joven oficial, robusto, con teléfono al alcance. Lleva el mismo uniforme que los centinelas. En torno, hay mucha actividad.

Tenía razón Klaus. Todavía siguen instalándose. Hay un vaivén de portadores de cajas, de archivos, de armarios metálicos. Del sótano llegan ecos de martillazos. Sobre pared.

Segundo control, más minucioso que el primero. El oficial sabe alemán. Por una puerta entreabierta, percibo dos portadores de metralleta. Un tercero baja por la escalera, Me asombra.

Es un chino. Por lo menos, tiene la piel amarilla y los ojos oblicuos. Muy bien vestido. No tiene pista de empleado subalterno. Registro el hecho con interés. Para dedicarle la debida atención más tarde.

El funcionario ha leído mi credencial. Descuelga el teléfono. Segunda etapa franqueada. Una voz autoritaria le invita a hablar. El oficial se expresa con un temor respetuoso. Oculta la boquilla y los labios tras la pantalla de su mano.

No me inclino a escuchar. Mi obligación consiste en parecer no mezclarme nunca en los asuntos ajenos. Me dice:

—Suba. Le acompañan.

Lanza una orden gutural. Y acude uno con la metralleta. Problema número uno: ¿cómo permanecer por la casa sin permiso de estos gentiles anfitriones?

Subo tras él. Hago funcionar la memoria fotográfica. Cuestión de entrenamiento. Un largo pasillo, muchas puertas. Una de ellas, abierta. Deslizo una ojeada. Especialistas forrando las paredes con colchonetas, como si esperasen alojar chiflados.

Apuesto lo que sea a que nunca vendrán aquí verdaderos dementes.

Mi guía llama en la última puerta, abre, me cede el; paso y vuelve a cerrar.

Me encuentro en un gran despacho. Tras la mesa, un tipo de cráneo rapado, mandíbulas de caníbal y mirada dura, penetrante, plomiza. Si es el coronel de la competencia, prefiero el mío, aunque sea de Caballería.

Me examina en silencio. Me indica una silla. Tiende la mano. Lo cual significa: «Veamos su documentación». Obedezco. Soy el joven modesto ante el poderoso director.

¿Qué nacionalidad? Su acento, cuando me hable, no me orientará. Todos los rivales que he tratado, han viajado tanto, que pueden hablar alemán con acento yanqui, aunque sean nativos eslavos. Hay muchos checos en los servicios secretos, y son campeones en asimilar lenguajes.

Dice él de pronto; en excelente alemán prusiano:

—Me llamo Ulrich.

«Y yo Napoleón», medito, pero replico:

—Walter Aldorf.

Son los nombres del salvoconducto. Me escruta sin cariño.

—¿Sabe quiénes somos?

—Me lo dijeron.

—¿Pertenece al partido?

—Desde los quince años.

—¿Cuáles son sus jefes en la policía?

Recito los nombres que me empollé. Ulrich cierra los párpados mientras me escucha. Los abre cuando me callo.

—Esta noche hubo un incidente en su sector.

—Sí. Georg.

—¿Qué le pasó?

—Lo degolló un ratero sorprendido en delito.

—Eso es. Bien. Su trabajo por lo que me concierne, consistirá en enviarme un informe diario. Si necesito información complementaria, le haré llamar. Recuerde que entre un servicio policial ordinario y nosotros, no existe reciprocidad. No puede negarse a nada de lo que le pidamos, pero no puede solicitar reciprocidad.

Adopto aspecto sumiso. Catalogo fácilmente a Ulrich. Ha madurado internacionalmente en huelgas, sabotajes, atentados, y al cumplir los cincuenta le encajaron un mando en el inmenso engranaje secreto. Un instrumento implacable, sin misericordia. Me pregunta:

—¿Es usted ambicioso?

—Como todos.

—¿Pretenderá ascender?

—En la medida de mis capacidades.

—Mañana, dos de sus camaradas vendrán aquí para trabajar con nosotros.

—¿Puedo saber en qué consistirá exactamente nuestra tarea? — solicito con exquisita urbanidad.

—Vigilar la frontera, preparar una limpieza en toda la línea, y liquidar agentes enemigos. Pese al muro, y las precauciones tomadas, se filtran muchos agentes enemigos.

Cabeceo con gran convicción. Y adquiero de pronto una certeza. La misma que tenía Plugel y tiene Lustic: Algo formidable se prepara. Y no tiene nada que ver con la palomita de la paz. En todo caso, ésta, en vez de rama de olivo, llevará un cactus.

Ulrich espera mi opinión. Afirmo solemnemente:

—Hay demasiados espíritus débiles en nuestra policía.

—Tendrá usted que indicarme cuáles son —insinúa Ulrich afablemente.

—Cuando usted mande —prometo servirle.

Ulrich esboza una tenue mueca. Debe ser una sonrisa. Se levanta.

—Venga conmigo.

Se dirige a la puerta, y le sigo.

—Tengo la impresión de que usted no vegetará en la Kripol.

Abre y en el pasillo, añade:

—Hemos capturado un agente enemigo en el Berlín Oeste. Le hemos interrogado.

Mi corazón empieza a pegar tamborilazos. ¿Y si se trata de Plugel? ¿Y si ha hablado? ¿Y si me ha descrito?

—Está en bastante mal estado —aclara Ulrich— y no fue torturado. Pero hay ciertas drogas que surten más efecto que el potro y el látigo.

Se para ante una puerta y pulsa con ritmo por cuatro veces sobre un botón. Instintivamente, cronometro la duración de las pulsaciones. Es el abridor mecánico.

La puerta ventila por ella misma.

Entro tras Ulrich. La sala está forrada, y por mobiliario, un sillón en el cual está preso Franz Plugel, mediante correas.

Es ya inútil preocuparse de salvarlo. Parece inanimado. Cuerpo sacudido por convulsiones, ojos fijos. No tengo que demostrar compasión ni rencor. Simple interés científico de alumno aplicado.

Me acerco para observar el rostro apagado, lívido, la mirada aterrorizada que parece contemplar un espectáculo interior, atroz. Balbucea incoherencias, y solamente comprendo una palabra: «Cloacas». La repite con monotonía.

Ulrich me examina. Comprendo la razón. ¿Tengo sí o no la requerida insensibilidad? Anuncio fríamente:

—Mescalina.

—Un derivado. Mucho más activo. Cada día progresamos mucho en esta materia de drogas.

Contempla a Flugel pensativo y me sigue ilustrando:

—Crearemos cerebros que nos obedecerán por control remoto.

Ya no necesitaremos policía, puesto que ningún individuo será dueño de sus pensamientos.

—¿Este traidor habló?

—No tanto como era de desear. Algo le falló aquí dentro —y Ulrich se toca delicadamente el cráneo pelado.

—¿Y qué deseaba usted saber?

El rostro de Ulrich se petrifica.

—No sea demasiado curioso, Aldorf. Algún día, ya sabrá.

—Creo que está medio muerto este traidor.

—Perdió el control cerebral. No verá amanecer.

Contemplo al viejo. Días antes era un intelectual, amante de la buena música. Le gustaba reír. Era simpático.

—Cloacas, cloacas —repite la voz inconsciente.

Ulrich me hace una señal. Debemos salir. Cierra la puerta y en el pasillo me despide secamente:

—Vuelva a visitarme mañana, Aldorf.

Ya puedes esperarme sentado, monada. De aquí a mañana, habrá realizado una investigación sobre mi persona, y no me será favorable. Pero estaré ya lejos. O destrozado por la mescalina, como el pobre Flugel.

Parece ser que al principio es muy agradable, y no tiene visiones deleitosas. Pero poco después, la cosa se estropea, y queda un pobre guiñapo loco, moribundo.

Me dirijo hacia la escalera y Ulrich hacia su despacho. De momento, le he inspirado confianza.

Ahora tengo que solucionar el primer problema urgente. Ya que estoy dentro, tengo que echar un vistazo a todo. Ver si puedo llevarme a Flugel. Mi objetivo consiste pue en quedarme y esperar a que anochezca.

Ahí está la eterna cuestión: ser o no ser. En este caso, no ser visto y ver.

Empiezo a bajar la escalera, con el seso en plena ebullición.

CAPÍTULO IV

Mi objetivo estriba en hallar un escondite en el sótano. El portero está discutiendo con dos electricistas que no están de acuerdo sobre un empalme. Continúo descendiendo.

Trazo una diagonal elástica hacia la caja de escalera. Nadie me ha visto. Me encuentro en un corredor que parece desembocar en una cocina. Por lo menos, eso sugiere el olor.

Giro a la derecha y topo con una puerta que tiene aspecto de defender una bodega. La entreabro con prudencia. Rechina como si quisiera delatar a los intrusos. Me deslizo, sudoroso.

Exactamente lo que pensaba: una escalera baja al sótano. Tengo instinto de arquitecto o de vinatero. Oigo martillazos y me dejo guiar por el ruido. Entro en una cueva donde trabaja un robusto sujeto.

A primera vista, se cuida de alisar cemento por un tabique. Se vuelve y le dirijo una severa mirada, inquiriendo ásperamente:

—¿Le queda todavía mucho?

El albañil gruñe:

—¿Le molesto?

—El jefe quiere que esto sea terminado pronto.

—Ya se lo dije. Hay faena hasta por lo menos las diez. No tengo intención de dormir aquí. No parece apreciar el ambiente. Y mi papel es el de averiguar si no se trata de un mal ciudadano de los que denigran el paraíso terrenal.

—¿Es que no le gusta estar aquí? —pregunto avinagrado.

—Yo, sabe usted, aquí, allá o donde sea, me da lo mismo.

Descubro una realidad. Si lo sustituyo, estaré tranquilo algún tiempo. No puedo proponérselo por las buenas. Me acerco indiferente, y apenas lo tengo a tiro, le endilgo un rechazazo en el

mentón.

Mi víctima toma un aire indignado, y de inmediato ausente a todo. Lo recojo en mis brazos, y lo arrastro a un rincón. Inspecciono el lugar. En una cueva vecina hallo un cable telefónico en rollo. Me sirve para atar al pobre albañil.

Luego le arranco la manga de la camisa y lo amordazo. Miro la hora. Un poco más de las siete. Antes de poder visitar la parte alta, tendré que hacer durante dos o tres horas, los mismos ruidos que efectuaba el que acabo de reemplazar.

Nunca he trabajado en la construcción. Hay que aprender. Veo una paleta, y trato de imitar el ruido que oí. Ya está. Con el canto golpeaba ladrillos. Parece dar resultado. Pasan los minutos y no acude nadie.

El cemento en la cubeta me parece algo espeso. Echo agua, a ver qué pasa. Y empiezo a extenderlo. Caray, pues no es tan fácil este oficio. La masa que debería quedarse quieta, se desparrama, y el ladrillo que debería encajar y pegarse, se obstina en tomar diversas posiciones incorrectas.

Empieza a apasionarme este juego. Cuando he logrado que tres ladrillos hayan quedado bien alineados y pegados, me satisface tanto como si fuese una obra de arte.

Oigo gruñir al albañil. Me acerco y le enseño la paleta trazando una recta sobre su cráneo. Comprende la idea. Le rajo la cabeza si no acepta resignarse. Cierra los ojos, y desiste de sabotearme el estropicio.

Poco a poco, adquiero talento en el arte de extender cemento. Lo más difícil es igualar la superficie sobre los ladrillos en vertical. De vez en cuando doy un paso atrás para juzgar el efecto. Me satisface.

Resuenan unos pasos en la escalera. Son las nueve y media. Remojo un poco mi paleta. Eventualmente, es un arma estupenda.

Percibo una sombra proyectada por la luz que llega del rellano. Y el propietario de la sombra aparece. Un mocetón uniformado. Muy amable, en todo caso. Trae un plato y una botella. O sea que el albañil recibe además la cena gratis.

Le hincó la paleta en la sien al recién llegado. Uno que el resto de su vida, les tendrá una ojeriza espantosa a los albañiles. No es para menos, ante tamaña ingratitud.

El plato contiene pan y jamón. Mediocres. Trago la cerveza.

Luego desvisto al uniformado. Lo ato espalda a espalda con el albañil. Minutos después parezco un miliciano cuyo uniforme se encogió bajo la lluvia.

Pero de noche, no importa. Subo las escaleras, con mi pistola enfundada sobre la piel de cadera, y además he tomado la del guardia. Nunca se cubre uno bastante en estos países fríos.

En el vestíbulo, hay quietud. Ante el despacho de entrada, el que me ve debe tomarme por uno de tantos. Subo la escalera. En el primer piso, reina un silencio absoluto.

Calculo el número de puertas. La tercera es la que encierra a Flugel. Pulso el botón respetando la frecuencia y duración empleadas por Ulrich.

Al cuarto toque, se abre la puerta. Alí-Babá y los...

Me llevo una sorpresa. Sobre el sillón donde yace el funcionario, un hombre se inclina. Se vuelve bruscamente. Catástrofe. Es el propio Ulrich. Por lo visto es un pelotilla de los que trabajan horas suplementarias.

Mi disfraz de miliciano le desconcierta un instante.

Brama:

—¿Quién es usted?

Nunca lo sabrá. Pero tengo ya empalmado el revolver. Allí dentro con muros acolchados a pruebas de ruido, sólo él y yo nos enteramos.

Ulrich se lleva las manos al orificio que burbujea sobre su corazón, ostenta un rictus desagradable, y se desploma.

Me acerco a Flugel. Le cuelga la cabeza sobre el pecho Poca vida le queda. Unos soplos. Es demasiado tarde ya para ayudarlo. Registro a Ulrich. No lleva más que una cartera en la guerrera. Contiene su documentación Me la guardo. Abandono la triste estancia.

Bajo la escalera con la indiferente pesadez del militar realizando su última ronda. Calculo que los milicianos no deben disfrutar del permiso de salir.

Bajo a la bodega. Esgrimo el revolver bajo la nariz del albañil, mientras le desato. Le ordeno:

—Desvístase, pronto.

Me obedece rápido. Está persuadido que tengo un molinillo entre las sienes y que es preferible no llevarme la contraria. Revisto

su mono azul que me viene magnífico. Como agradecimiento, no me queda más remedio que enviarle nuevamente al país de los sueños con un culatazo.

Subo de nuevo y paso delante del funcionario uniformado que me hace señal de pararme. Mal asunto. Aprieto en el bolsillo el arma; ya me ha sacado de un apuro, de muchos otros aprietos.

Pero lo único que quiere es que le firme un papel que ni siquiera leo.

Fuera, adopto el paso de un buen obrero que acaba su jornada. Los centinelas me saludan con superioridad protectora. Les devuelvo el saludo con efusión.

Camino lo menos aprisa posible. No he podido salvar a Flugel, ni he averiguado su secreto. Aprieto el paso. Urge llegar a la línea de demarcación. Todavía debe estar en su puesto el Vopo, esperando impaciente mi regreso. Pero a las once le relevan. Y la alerta no tardara en funcionar. Pasa un taxi. Un albañil no debe tomar un taxi. Pero según y cómo. Llamo al taxista y le doy una dirección muy cercana al puesto de control Si el chofer es un soplón, voy listo. Hago el trayecto, acariciando la culata. Percibo las luces fronterizas. El coche se detiene. He llegado indemne a la dirección indicada. Le doy una buena propina.

Me apresuro hacia el puesto y surge la silueta del Zopo colaborador. Corro hacia él. Me corta el paso alzando un brazo. Grita:

—¡Alto!

Y añade en voz bala:

—Dese prisa. Creo que pasa algo.

Y nuevamente aúlla:

—¡Sus papeles!

Agrega en voz baja:

—Nos vigilan. No hay más remedio. Méteme un puñetazo y corra.

Le sirvo un suave directo entre los dos ojos. Cae pesadamente y se hace el muerto. Embalo en un *sprint* digno de las Olimpiadas. Inmediatamente, la puerca sincronía del plomo empieza a zumbarme en los oídos Mi Vopo se ha levantado, salta hacia un proyector y dirige tercamente el foco hacia el lado opuesto por donde estoy yo galopando.

Ante mí, unos soldados franceses abandonan su puesto esgrimiendo sus armas. Llego casi a la meta. Resoplo y tropiezo. Me extendo en zambullida y vocifero:

—¡No disparéis, muchachos!

Una voz guasona cementa:

—Lástima que no tengamos cronometrador, chico. Eres alguien pedaleando y estirándote.

Estoy extendido por el suelo, como una rana agotada. Lamentable postura para un oficial de mi rango, grado y categoría.

Me ayudan a levantarme, sin soltarme de los codos. Me conducen al despacho de un brigada que se las trae. Ríe divertido cuando le anuncio:

—Soy el capitán Pascal.

—Bueno, bueno. Los he oído que estaban aún peor, buen hombre. Admitiendo que se llame usted Pascal ¿qué hace vestido de albañil?

—Permítame usar el teléfono.

—¿Para llamar a quién?

—Usted mismo, señor brigada de mis entretelas. Llame al coronel y dígame que aquí está un albañil llamado Pascal y que delira pretendiendo ser capitán.

Marco los números y el brigada coloca el aparato entre su oído y el mío.

—A la orden, coronel. Habla el capitán Pascal.

—Hola, muchacho. ¿Novedades?

El brigada se aparta y se pone tieso como una estaca.

—Flugel murió, señor.

—Lástima. Venga.

Cuelgo, y le ruego al brigada que me busquen un taxi. Apenas dentro, la fatiga retardada me asalta. Duermo todo el trayecto.

El coronel reside en un piso burgués. Me recibe en chaquetón casero. Al verme, gruñe:

—Vaya manía con sus disfraces... Sigue usted siendo un crió.

Escucha mi relato con cara aburrida. Luego me pregunta:

—¿Quiere que establezcamos un balance sincero de su excursión?

Me reclino en el sillón sin ilusiones. También yo, si algún día llego a coronel de Información, razonaré igual ante jóvenes

chiflados que también me apodararán secretamente «carcamal decrépito».

—Veamos en el activo: Ulrich fuera de combate, certeza de que Flugel fue secuestrado, informes vagos sobre una acción próxima. En el pasivo: nuestros amigos se agitan y tratan de saber quién ha jugado a soldadito valiente. Mañana, detendrán al policía Klaus. El oficial Vopo será, por lo menos, enviado a otro sitio. En cuanto a Lustic pasará calor. Resultado total: nuestra red inutilizable por el momento, cuando tanto la necesitaríamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y a cambio, ¿qué me trae? Primero, la presencia de un chino en una policía especial. Y su chino ¿lo es? No basta que sea amarillo. También hay mongoles rusos.

—Éste era chino puro.

Recuerde que usted tiene obsesión del peligro amarillo. Bien, admitamos que sea chino. ¿Qué nos demuestra?

¿Ha visto alguna vez que los rusos se incrusten un chino en sus servicios de seguridad?

—Puede ser lo que ellos llaman cooperación cultural.

—No pueden verse ni en pintura.

—Eso es lo que cree el mundo entero. Yo, no. Pasemos al otro detalle. Flugel citando cloacas. ¿Y qué? Talentudos oficiales de estado mayor, yanquis, británicos y galos, se han divertido como colegiales imaginando una ofensiva rusa utilizando las cloacas. Un amigo mío las exploró una semana. No hay peligro. Solamente pestilencia.

—Pensemos en la inquietud del Vopo, de Lustic, el asesinato de Georg, el secuestro de Flugel...

—No relacione estos acontecimientos. Pueden ser independientes.

Saco de mi bolsillo la cartera de Ulrich. La tiendo:

—Para la ficha de defunción.

Examina los documentos. Sus pupilas se inflaman.

—Esto es lo más interesante, Pascal. Seguro que conocemos al personaje.

Ya le ha vuelto la manía. Para él, lo principal es establecer una especie de almanaque nobiliario del espionaje. Saber quiénes son los de la competencia, de dónde vienen, lo que hacen en su casa, si

son de buena familia... Le desengaña:

—No le sirve éste. Pasó al compartimento infernal y reservado un día u otro a todos nosotros.

Me contempla con repentina amabilidad que me es cama mucho. Ronronea:

—Mi estimado colaborador. Dos puntos. Berlín de por sí ya es un tonel de explosivo. Si tiene usted alma de dinamitero, refrénesse. No precipite las cosas. Un día u otro todo saltará. Espere con paciencia. Es usted joven. No se perderá el espectáculo.

Cabeceo cortésmente, algo inquieto. Prosigue dulcemente:

—Además, ya sobra gente que se interesa mucho por usted. Pasan cosas muy raras por su calle. Esta misma tarde, descubrieron por allí, un cadáver. Garganta abierta de oreja a oreja. La gran sonrisa, dicen nuestros compañeros que guerrearon por Argelia.

Ya está. Se han cargado al vigilante que le pusimos a Irma Flugel.

Siento una repentina angustia.

—Si tiene su coche abajo, ¿puede acompañarme, señor?

Se muda el chaquetón por un anorak. Ironiza:

—¿Qué clase de juerga me prepara Pascal?

Pienso en Irma. En el sillón de la mescalina. Debo poner mala cara, porque aun siendo de caballería el coronel murmura:

—A sus órdenes, mi capitán.

Voz ronca y amistosa. Al fin y al cabo, es un buen hombre. Bajamos. Tiene su coche en garaje particular. Un timbre de alarma conectado con el piso, campanillea si se toca la cerradura. El auto de su predecesor voló en trocitos al pisar el embrague.

Al volante, sugiere:

—Supongo que vamos a su domicilio.

—Eso es, señor.

Durante el trayecto, no hablamos. Mi calle está tranquila. Pero en el vestíbulo aparece el portero con morro colérico. Me dice:

—Pudo usted avisarme.

—¿De qué?

—Que había una enferma en su piso. Cuando vi llegar la ambulancia...

—Ah, ¿se llevaron a la joven?

—¡Felizmente! El doctor me dijo que, un par de horas más, y ya

hubiera sido tarde.

Subimos en ascensor. El coronel asegura:

—Su portero no le tiene cariño. Es injusto. Es usted un buen bruto.

—La supuesta enferma era Irma. Se la han llevado.

—Plugel sabía algo. Ella también quizá.

—No. Ella no sabía nada de nada, la pobre.

—Ésta es la posición más peligrosa en estos nuestros tiempos.

Visitamos mi piso a fondo. Todo en orden. Irma no dejó ninguna señal ni mensaje. El rapto ha sido técnicamente irreprochable.

—¿Quién les informó? —medita el coronel.

—¡Yo! —chillo ferozmente.

—Todo es posible, ¿sabe? Quisiera poder enlazar adecuadamente todos estos sucesos.

—¡Y yo quisiera dormir!

—Es la primera frase sensata que le oigo concretar, Pascal —y sus ojos escépticos se suavizan—. Me coloca una mano en el hombro:

—Empiezo a creer que tuvo razón al anticiparse a las vías normales.

—¿Por qué?

—Nuestros amigos tienen mucha prisa. Eso es. Mucha prisa.

Antes de salir, vuelve la cabeza.

—Pero ¿por qué tienen tanta prisa? Deme una respuesta y tendrá derecho a toda mi estimación. Bella recompensa, ¿eh? Duerma bien, muchacho.

Procuró dormir lo mejor posible. Oigo gritos. Se deslizan primero en una pesadilla confusa, donde un chico juega a la gallina ciega con una sirena vestida de amarillo. Luego, los gritos se sustituyen a la pesadilla.

Son pues reales. Abro un ojo, por espíritu de ahorro.

Pero como sigue el jaleo, me veo obligado a abrir el otro. Una luz gris flanquea la cortina. Es la aurora, el alba, la infecta madrugada. No hay modo de dormir tranquilo en este condenado barrio.

Me levanto y voy al balcón. Abajo, un grupo de hombres en torno a algo que no distingo bien. Calzo pantalón, zapatillas y pescadora. Bajo la escalera y llego al vestíbulo en el momento en

que el portero vuelve de la calle. Me lanza una mirada rencorosa. Y amenaza:

—Voy a llamar a la policía.

En la calle veo lo que me temía. Irma Flugel tendida sobre la acera, ojos cerrados.

—Está muerta —dice alguien.

—¿Es su esposa? —pregunta otro.

Distingo la marca del cuello. Pulgares estrangulando. Y sobre un brazo, rastros de chamuscamiento. Con ella, emplearon vulgares torturas.

Pregunto; algo estúpido al parecer:

—¿Qué pasó?

—Yo lo vi —dice un mozo de cara enérgica—. Estaba en aquella esquina. Un coche se paró aquí. Dos hombres la sacaron —y señala el cuerpo— tirándola a la acera. Se marcharon. Vine corriendo.

El portero me apuñala con la mirada. Anuncia:

—La policía está al llegar.

El grupo se dispersa. La policía no es malvada, pero hace perder el tiempo a los testigos. Sirenazo y bajan cuatro agentes. Conmigo están, el portero y el joven que asistió a la escena final. El que parece ser el jefe de los cuatro pregunta si la víctima puede ser identificada.

—El señor puede darles detalles —afirma el portero con la esperanza de que dormiré entre rejas.

Toco en el brazo al policía:

—Deseo hablarle a solas. ¿Puedo?

Dice que sí, y pasamos al vestíbulo. Saco mi carnet especial. Verifica las filigranas infalsificables. Le explico:

—Se llamaba Irma Flugel. Avise a la Dirección Especial de Policía Aliada, sector, francés, se lo ruego.

Cuando, media hora después, los policías se van sin llevarme con ellos, el portero pone una cara que demuestra su opinión. Los asesinos como yo tenemos una suerte extraña.

Apenas entro en mi piso, repica el teléfono. Mi «equivalente» yanqui, Buster pregunta si puede verme inmediatamente. Le digo que sí.

Cuando llega, parece algo molesto:

—Ya me he enterado de tu paseo y partida con el equipo de

enfrente. Ha hecho ruido la cosa. ¿Me explicas?

Titubeo. Por vez primera siento deseo de ocultarle algo a mi amigo Buster. No sé por qué, pero es así. Le hago el relato, omitiendo pocos detalles.

—Tu coronel, ¿qué opina?

—Poco satisfecho, pero intrigado. ¿Y el tuyo?

—Dice que debería guardar cama un par de semanas, a base de dos o tres balas en el cuerpo. De preferencia, en las piernas.

—¿Estás encargado de la ejecución?

Sonríe, molesto:

—No. Traigo otro mensaje para ti. De Rosana. Quiere verte.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero creo que sabe muchas cosas ella.

—¿Cuál es su misión?

—Ella te lo dirá. Espera en el coche. Voy a buscarla.

Minutos después viene con la doncella. Buster se comporta como un novio que presenta a su mejor amigo la elegida de su corazón. Debo confesar que Rosana está imponente. Declara:

—He sabido el drama reciente, y he oído hablar de su incursión.

—Le informan pronto y bien.

En efecto. Podemos intercambiar informes.

—Tengo pocos.

—Entonces saldrá ganando. Yo, muchos.

Buster no dice nada. La contempla en perpetua adoración. Está empaquetado, como decía Margarita la de Borgoña cuando metía a sus amantes en el saco antes de zambullirlos en el Sena.

—Parece ser que encontró un cierto cambio de atmósfera al otro lado, Pascal. Cuénteme.

Si no le cuento, le repetirá Buster lo que le expliqué. Repito el relato.

Y luego ella me suelta:

—Poseo informes completos que demuestran que los rusos se preparan para invadir a Berlín.

Me callo. Eso la irrita.

—¿No me cree?

—Cada quince días, circula el mismo rumor.

—Pero no como ahora. La operación está cercana. Minuciosamente elaborada. Sus autores tienen una meta. Obtener el

éxito en dos o tres horas. Todo su plan se basa sobre esta premisa. Luego se negociaría, se discutiría, pero ya estarán aquí. Para que resulte, el golpe ha de ser fulminante.

—¿De dónde obtuvo estas noticias?

—¿Usted revela sus fuentes de información, Pascal?

—Y en todo esto, ¿qué lugar ocupa Flugel?

—Creo que lo sabe.

—¿Las cloacas?

—Una vía estratégica importante. Flugel debió descubrir algo. El subsuelo de Berlín formaba parte de su inspección.

—¿Irma?

—Creyeron que compartía el secreto de su padre.

—No era así.

—¿Le hizo ella sus confidencias?

—Para jurarme que no sabía nada.

—Sin embargo la han torturado.

—Pero no podía decirles nada. No le creyeron.

—¿La amaba usted?

—Era la primera vez que la veía. Un amigo le dio mi dirección. Volvamos al presente. Sí lo que averiguó es cierto, basta hacerles saber que ya estamos al corriente, y que no se saldrán con la suya.

—Para ello sería preciso saber sobre qué puntos atacarán.

—¿Y lo ignora?

—Estoy aquí para saberlo.

—¿Por qué cree que puedo yo saberlo?

Interviene por vez primera Buster:

—Tú viste a Flugel allá. Pudo decirte algo importante.

—Nada.

—Piensa un poco... La operación puede significar la guerra...

—Si pudiera evitarlo, hablaría. No me gusta la guerra. La detesto. Si me dedico a este oficio tan bestia, es con la esperanza insensata de que algún día me levantarán una estatua con un letrerito: «A Pascal, un idealista que impidió la guerra en...». Dejemos la fecha en blanco.

—Bueno, pero hemos de aplastarlos antes que se muevan — afirma Buster.

—Claro, ¿cómo no? Dime dónde y por qué, y vamos allá.

Rosana me dedica un pestañeo:

—¿Nos ayudará?

—Naturalmente.

—Es en Berlín donde se decide la victoria. Usted, nosotros, hemos de lograrlo.

Aguarda un momento, esperando sin duda que me ponga a cantar La Marsellesa. Parece decepcionada y expone:

—Afirman que es usted valiente y audaz.

—Cómo un legionario de opereta.

—¿Por qué se burla de todo?

—Para no echarme a llorar.

Levantándose, decreta Buster:

—Dejémosle meditar. Reflexiona, Pascal —y su tono casi es amenazador.

—¿El «Caimán» está al corriente de vuestra actividad?

—Sí.

Se despiden casi como en un velatorio. A solas me pregunto por qué demonios necesitan de un pequeño engranaje de la gran rueda. Ya que no soy otra cosa.

¿Influencia francesa universal?

No. Empiezo a sospechar. Creen que sé algo que me callo.

Pero ¿por qué Buster...? Ya está. Conquistado, poseído, magnetizado, por Rosana. ¿Y ella? ¿Qué fin persigue?

Me duele la cabeza. Bajo la ducha me refresco. Y vuelvo a la cama. Cuando haya dormido la ración que me corresponde de animal humano normal, iré a ver al coronel. El es el cerebro.

CAPÍTULO V

Discutimos largo tiempo el coronel y yo. Para él, todo es posible, y nada es imposible. Si los cosacos pudieran pensar que son capaces de ocupar Berlín en dos horas, hace años que lo habrían hecho. Ésta es su firme conclusión.

Ha conocido a Rosana. Declara que existe una tendencia a creer que si una mujer es bonita, ya tiene una edad mental superior a los ocho años. Esto es un guantazo que me dedica por haberme yo atrevido a insinuar que Rosana, aparte de estar bárbara, tiene un seso de primera.

Lo que le extraña, y a mí también, es que mi expedición al otro lado, no ha causado posteriores daños. Al mediodía Lustic ha transmitido un mensaje por radio, sin acusar novedad. No hay señales de detenciones ni reacción al otro lado.

El coronel decide de todos modos elaborar un informe a París, Ponemos mano a la obra. Trabajamos en el estilo Quai d'Orsay.

Es decir, bellas frases que no quieren decir nada, pero que esconden admirablemente el vacío.

—Pura rutina —afirma el coronel. Y en el fondo, esto es lo que prefieren. Les permite construir montones de hipótesis sin pillarse los dedos.

—Puede volver a su bien ganado reposo, Pascal. Naturalmente, no mueva usted ni una pestaña, salvo previo aviso.

Me recluyo en el piso. Bebo un coñac ligero, pensando en nada. El teléfono repica, descuelgo, y al otro lado del hilo, un silencio total. Pregunto:

—¿Quién?

Nada. Un chasquido me contesta. Han cortado. Cuelgo

pensativo. Y necesito un par de segundos para tener miedo. Pero un miedo que surge de lo más profundo de mis fibras y que ruge, aúlla y brama.

Voy a la ventana. La calle está desierta. Y sin embargo, en vez de cesar, mi inquietud crece, se hace gigantesca. Obedezco a un pánico bestial. Sé que debo abandonar el piso lo antes posible. ¿Por qué? Lo ignoro.

Recojo mi americana, compruebo la presencia de mi pistola, abro la puerta y bajo las escaleras a brincos. Llego cerca de la salida a la calle, en el momento de la explosión.

Vaya explosión. El inmueble tiembla. Salgo proyectado contra la pared por el soplo que arrancó algunas puercas. Las mías. Resuenan chillidos femeninos. El portero surge, enloquecido. Y al verme gime:

—¡Otra vez usted!

—Sí. Me dedico a dinamitar la casa ahora.

Su rostro adquiere una expresión embrutecida, mientras yo me abalanzo a la calle. Un coche arranca. Desenfundo y disparo apuntando a los neumáticos. El coche tiene un sobresalto. Vuelvo a disparar, corriendo. Oigo una detonación y me parapeto tras un coche estacionado.

El chófer abre la portezuela del coche tocado, y pretende escapar.

—¡Ey, un momento! —le grito—. ¡Alto!

No me obedece, y volviéndose, me dedica dos píldoras, cuyo silbido me suena demasiado próximo. Le apunto a las piernas, y mi adversario cae. Acudo a verle de cerca. Se retuerce colérico y le aplico la culata en la raya del cabello. Con dosificación, porque lo necesito vivo.

Lo arrastro de los tobillos por la acera. Inmediatamente me rodean vecinos de batín y pijama. Trato de hacerles regresar a sus hogares.

—Vuelvan a sus pisos. No pasó nada grave.

—¿Eso le parece? —rebate alguien—. Mire hacia su piso, entonces.

Levanto la vista. Un enorme hueco negruzco reemplaza mi ventana apaisada. Aún caen trozos de cemento. Filosofoeo:

—Hemos tenido suerte. No hay siquiera incendio.

—La historia de la muchacha muerta, esta mañana, ya estaba

relacionada con usted —dice un corpulento sujeto que me mira con curiosidad.

Debo parecerles un poco agitado y ruidoso, como inquilino de un inmueble burgués y reposado. Oigo murmullos. En el transcurso de mi carrera, he tenido ya otros vecinos que empezaron a recoger cuotas para pagarme el traspaso y traslado a otro barrio bien alejado.

—Hace rato que el portero llamó a la policía, dice otro vecino.

Un joven de mi edad, me mira irónicamente, al comentar:

—Oiga, parece que alguien le tiene rencorillo.

Pongo cara de mártir. Una anciana me mira con severidad:

—No se reside con personas honorables, cuando se está mezclado en asuntos semejantes.

Tiene razón la buena señora. El que tenga por vecino a un agente secreto, debería expulsarlo o mudarse. Ya puede parecer un santo. Un día u otro se le complicará la existencia. Conocí a un inofensivo contable que fue troceado a metralleta, porque residía en el mismo rellano que uno de mis colegas.

Al ametrallador le dijeron que despachase al de la puerta a la derecha. Pero el que abrió la puerta fue el que estaba de visita y el pobre contable se llevó la descarga.

Mientras todos están interesados en contemplar el destrozo en mi piso, me acerco al coche averiado. Se escora sobre el neumático reventado. Miro al interior.

Un sujeto está extendido desparramado por la banqueta posterior. De su cabeza mana un hilillo de sangre. Entre sus piernas tiene una especie de mortero. Ha servido, sin duda alguna, para enviarme la carga explosiva.

Oigo los sirenazos del coche cuyos faros pronto iluminan la calle. Todo es prosaicamente lúgubre. Vuelvo al grupo. El portero ya está dando su informe a mi favor:

—Es siempre el mismo inquilino.

El policía jefe de la patrulla parece muy interesado en el espectáculo del hueco de mi piso. Comenta:

—Usted no estaba allí.

—No estaría aquí hablándole —y le señalo al desvanecido—. Éste era el chófer. Y en aquel coche está el que disparó el pepinazo. Muerto.

—¿Muerto? ¿Quién le mató?

—Probablemente he sido yo.

El rostro del policía demuestra cada vez mayor interés.

—Por lo que deduzco, lleva usted una existencia bastante accidentada.

Dos agentes traen una camilla. El jefe les señala el coche averiado. Me inclino para reanimar al chófer, a base de tortazos. Protestan los espectadores. Casi voy a resultar un verdugo abusador. Les advierto:

—Este pudo equivocarse y hubiera saltado la casa entera.

El herido se reanima. Al verme, hace una mueca desilusionada.

—Pues, sí, soy yo —y le ayudo a levantarse.

El jefe patrullero se apodera del prisionero y me señala su coche. En comisaría, exhibo mi carnet. Aconsejo al Kripol que me interroga, que avise a la Dirección Especial. Un poco más tarde, llegan dos paisanos. Comisario e inspector.

El herido ha sido reparado provisionalmente, pero me contempla con escasa amabilidad. Un forense está trinchando el muerto.

Nos instalamos en otro despacho. El prisionero es pequeño, macizo, de rostro arrugado. El comisario le pregunta:

—¿Su nombre?

No responde. No tiene papeles encima. Le han tomado las huellas y también al muerto.

—¿Nacionalidad? —prosigue el policía.

Silencio.

—¿Por qué lanzaste una granada a un piso?

Mutismo absoluto.

Golpean en la puerta, y el forense entra diciendo:

—Tengo los dos proyectiles. No son del mismo calibre.

Tiende los dos trozos de plomo deformados por el choque y agrega:

—Éste penetró por atrás, en el dorsal izquierdo. La herida no era mortal. Este otro se alojó en la frente. Lo liquidó.

—Interesante —afirmo, y acuso al cautivo—. O sea que tú suprimiste a tu compañero, para impedir que hablase.

—El interrogado sigue mudo. Intento suerte y le llamo afeminado en polaco.

Impasible. Le llamo afeminado en húngaro. Escupe a mis pies.

—Vaya. Por lo menos, podemos apostar a que es indígena húngaro.

Me invitan a seguir, pero les confieso que lo único que sé es insultar en los idiomas polaco, checo, húngaro y otros similares.

Pido permiso para telefonar, y llamo al coronel. Le relato el reciente suceso. La idea de que ansían reducirme a polvo, le produce una intensa alegría, a juzgar por su risita. Y replica:

—Se ha quedado sin alojamiento, muchacho. Tengo una cama disponible.

—No creo que duerma mucho esta noche. Gracias de todos modos.

Cuelgo. Un inspector trae el resultado del servicio de huellas. Nada sobre el superviviente mudo. El muerto está fichado: un reclamado por la justicia alemana. Atraco y asesinato de un policía. En fuga desde hacía dos meses.

—Está claro —define el comisario—. El difunto era un simple mano de obra del que temieron una indiscreción. Éste, es otra cosa. Me temo que no hablará. Veremos... Puede usted irse, señor Pascal. Cuando necesite su testimonio, ya se lo haré saber.

Hasta me concede un coche con chófer para que me acompañen a domicilio. Mi calle está de nuevo en calma. Ante el inmueble vigilan dos agentes. Rutina universal. Pasamos de largo, y el amable chófer me deja cerca de mi tasca favorita.

Otto se precipita a mi encuentro.

—Oiga, su coche de la otra noche...

—Ya sé. Era robado.

—¿Ya se enteró?

—Me comunican todo lo que pasa por Berlín, un minuto antes de que ocurra.

Casi se lo cree y me abre respetuosamente la puerta. Dice:

—No importa. Se lo agradezco igual.

Ahí dentro está Buster, tal como supuse. Sentado solo ante un vaso. Muy triste. Al borde de la descomposición.

Y un yanqui con el corazón destrozado, resulta penoso. No deberían permitirles enamorarse. No saben.

Me mira. Y verme, no le reconcilia con la humanidad. Ataco directo:

—¿Dónde está Rosana?

—No soy su guardián.

—Ya te gustaría.

—Vete al cuerno.

—Conforme. ¿Está en su casa?

Buster me mira. No hay la menor dulzura en sus claros ojos.

—¿Qué te importa si está o no?

—Quiero verla. Urgente. Dime dónde vive.

Por toda respuesta, Buster se sopla el resto del vaso. Le flota ya en los ojos la superdosis de jugo de centeno.

—Oye, Buster. Va en serio. Tengo que verla. Es un asunto importante.

—Explícamelo.

—Me acompañarás. Lo oirás todo.

Un resto de lucidez alienta en el espíritu de Buster.

Y también un resto de amistad.

—Ya vamos, ya vamos —gruñe.

Me apiado un poco de él.

—Por casualidad, ¿no te habrás salido un poco de vía, Buster?

—Ni pizca.

—Cuídate, de todos modos.

Me contesta que vaya a ver si me descuartizan por los callejones más oscuros. No necesita mis consejos ni mi compasión. Se ensucia en todos los franceses, porque somos una banda de entremetidos. Que me ocupe de mis propios asuntos en vez de meterme en los suyos.

Un discurso filosófico muy largo para un yanqui, pero como le doy la razón, acaba por levantarse declarando que el día menos pensado me romperá la cara.

A punto de salir, afirma:

—Rosana se va a llevar una sorpresa.

—Y tanto. No te lo puedes ni imaginar, Buster.

Será patinazo o no, pero tengo el pleno convencimiento de que ha sido Rosana la que encargó a los artilleros improvisados que me volasen el piso, conmigo dentro.

CAPÍTULO VI

Rosana reside en un gran inmueble moderno. Buster no se acuerda ya del piso. Por fin, hace memoria. En el ascensor se duerme sobre mi hombro. No es obra del sueño, sino el peso del alcohol.

Le despierto en el sexto donde habita Rosana. Buster pulsa el timbre y logro colocarme exactamente frente a la puerta. Esperamos un momento bastante largo. Un leve susurro de chinelas, y se abre la puerta.

—¿Qué tal? —saludo.

Muestra ella una sonrisa asombrada. No más, sicológicamente. Pero como espectáculo vale la pena estar en primera fila. Rosana en negligente dorado y humo, está despampanante. Se limita a opinar:

—Extraña hora para visitar a una mujer decente. Pasen, pasen. Encantada de recibirles. Empezaba a aburrirme, durmiendo.

Penetramos en una sala donde domina el cuero blanco. Una puerta entreabierta, deja ver una alcoba de película. Me instalo en un sillón. Digo:

—Me olvidé de explicártelo, Buster. Acabo de escapar por pelos a un atentado.

—Caramba —replica mi colega yanqui.

Ella no dice nada. Su semblante expresa gentil curiosidad.

—Desde la calle me lanzaron una granada, hacia el piso. Lo han dejado pulverizado.

—¿Y tú qué?

—Yo ya estaba en la calle.

—¿Habías saltado? —pregunta Buster ingenuamente.

—Salí embalado, apenas recibí una llamada telefónica. La granada fue disparada con mortero desde el interior de un coche.

Buster parece interesarse y va a preguntar algo. Le atajo:

—Uno de los tiradores, lo herí, y está con su cómplice en poder de la policía. Resulta que es un pistolero conocido. Creo que estará contando cosas muy interesantes.

Ella deja caer la tapa de un bote de porcelana que contenía cigarrillos.

¿Torpeza o inquietud? Su precioso rostro liso y puro, no refleja ninguna molestia. Hasta suelta su teoría, la dulce criatura.

—Quizás le guarden rencor por su incursión algo brutal al otro lado. Los muertos siempre tienen amigos.

—Es posible.

—¿Es que puedo o no puedo hablar? —interrumpe Buster.

Rosana y yo le miramos. Oscila un poco. Pretende disipar vapores.

—¿Por qué has venido aquí? —me pregunta.

—Porque Rosana es muy inteligente, está bien informada y obtiene sus informes a velocidad ultrasónica.

—Son cualidades que poseo, en efecto —afirma la interesada.

—¿Es que sospechas que ella pueda hallarse mezclada al bombardeo de tu piso?

—Ni por un instante se me ocurrió, caramba —miento con sinceridad.

—¿Por qué desearía ella reducirte a polvillo? —murmura Buster obstinado.

Rosana se le acerca. Le habla con falsa ternura:

—Tiene usted que ir a dormir, Buster.

—¿Y él, qué? —desea saber señalándome.

—Tengo que hablarle privadamente.

—Entonces me quedo.

Quiere sentarse, pero Rosana lo mantiene erguido. Admiro la firmeza gentil, a lo gran dama:

—Buster, ha bebido usted demasiado.

—Debió acudir a la cita —gime el pobre.

Poco a poco, ella lo arrastra hacia la puerta. Opone una blanda resistencia, y cuando llegan cerca del objetivo, rodea bruscamente el cuello de Rosana, atrayéndola. Adhiere sus labios a la boca de la joven que no se resiste.

Vista de espaldas, ella parece tan poco turbada como un enchufe

eléctrico sin corriente. En cuanto a él, se transforma en berbiquí. Prolonga su beso voraz, más allá del promedio de unos ochocientos metros lisos.

Como buceador submarino tiene aptitudes el muchacho. Ella también.

Aguardo pacientemente el final de esta hermosa demostración de resistencia. Al cabo de un par de minutos, proclamo:

—¡Pasada la meta! ¡Récord batido!

Buster se interrumpe dedicándome una mirada desagradable. Rosana prosigue pacientemente su labor de expulsión, apoderándose furtivamente del pomo de la puerta. Y repite:

—Es usted un encanto, Buster.

—Ya lo sé.

Y está persuadido, lo cual facilita mucho su avance hacia el rellano. Y cierra ella la puerta. Por fin solos. Oímos alejarse los pasos algo torpones del buen yanqui.

—Era mi intención verla mano a mano, Rosana.

—Intención compartida, Pascal.

—No me suponía que fuese en estas condiciones y a esta hora.

Se sienta, replegando sus portentosas piernas bajo ella, muy cercano el rostro. Sonríe cariñosamente y ella ironiza:

—Empiezo la ofensiva de mis encantos. Tranquilícese. Cuando un hombre me gusta, se lo digo. De costumbre, acepta mi asalto.

—No me cabe la menor duda.

—Usted me gusta, Pascal.

Me mira, labios entreabiertos, busto palpitante. Concho. Debo controlar mis instintos cerriles. Y digo:

—Tratemos de hablar un poco seriamente.

—¿Un poco tan sólo? —susurra con mohín desilusionado.

Me levanto y contorneo el peligroso sofá enorme.

—Rosana, es usted una mujer extraordinaria. Surge en mi vida cierta noche. Brega con tres gorilas, que tumbamos con gran maestría. Vamos a tomar un copetín y usted me explica una historia abracadabrante para razonar el motivo por el cual efectuó su combate ante mi puerta.

Me escucha con una sonrisa de colegiala:

—¿Por qué abraza... dabrante? —finge tropezar lingualmente.

—Soy duro de mollera y no logro comprender por qué se

encontraba por mi barrio, puesto que habita aquí, lejos de mi nido.

Enciende un pitillo y me mira divertida:

—¿Quiere decir que yo simulé la agresión? ¿Que estaban de acuerdo conmigo?

—Es una teoría.

—Puedo exponer otra: ¿Por qué no hizo detener a los tres agresores?

—Era usted la que me interesaba.

—Por consiguiente, puedo creer que usted mismo organizó el atentado para tener ocasión de rescatarme.

Se acerca más. Puedo ahora contemplar una exposición de tesoros que marearían a un viejo lobo de océanos. Pero yo no soy tan impresionable. O por lo menos, lo intento.

—¿Y el pepinazo que me deshizo el piso, también me lo endilgué yo?

—Entonces, cree que soy yo. Resulto muy diabólica. Voy a tratar de darle explicaciones que le convencerán.

Nos hundimos en el enorme diván. Empieza su relato:

—Aquella noche, dos mujeres vinieron a verle. Yo, y luego Irma. Las dos fueron atacadas. ¿No le sorprende? Es a Irma a la que querían atrapar, no a mí. Me atacaron porque llegué la primera. Una confusión... Quisiera tanto que yo le inspirase confianza.

—Por el momento, lo que me inspira, es un sentimiento muy distinto, primitivo y sencillo.

—¿Lo lamenta?

Digo que no, y como sus labios no están lejos, acerco los míos. Ya sé que tiene amplitud pulmonar. Y ella emplea muy bien sus cualidades. Tampoco pierdo yo mi tiempo.

Cuando nos separamos, nos dedicamos una mirada de apreciativa estima.

—¿Por qué estás en Berlín? —le pregunto.

—Ya te lo dije.

—¿Para sorprender los secretos de la ofensiva cosaca?

—¿No es importante?

—Primordial. Perdón, ¿para qué me necesitas? Yo soy un personajillo.

—Puedes desempeñar un papel.

—Muscular, si acaso, porque cerebralmente no soy gran cosa.

—Por lo menos, ¿he disipado ya tus dudas por lo que concierne a nuestro primer encuentro?

—¿Te confundieron con Irma?

—No querían que Irma pudiera hablarte.

—Lo hizo, sin embargo.

—Por esto mismo intentaron matarte esta noche, porque están convencidos que sabes demasiado.

Se me enrosca. La ofensiva de los encantos y sortilegios se desarrolla sobre todos los frentes.

Seguro que ha seguido cursos nocturnos de maestría y perfeccionamiento.

En la oscuridad, reflexiono. Oigo a mi lado la respiración rítmica de Rosana. Mis cálculos son los siguientes: acabo de desempeñar el papel de joven que se ha dejado seducir. Estilo Buster. Pero él va de veras.

He sucumbido en los tentadores brazos de Rosana. He sido el mozo experimentado que de pronto descubre la hembra amorosa más extraordinaria del siglo. La moderna Mesalina que conoce todos los trucos desde el tornillo hindú a la rotación bereber.

Normalmente, debo estar durmiendo del dulce sueño del justo, agotado y saciado.

Emito un leve ronquido, regular y calmoso. Espero. ¿Qué? Lo que hará ella.

Si es lo que me supongo, tuvo que llevarse la gran sorpresa al verme, ya que me suponía desparramado en parte sobre los muros ennegrecidos de mi piso.

Pero no se mueve. Oigo su respiración. Si hace lo mismo que yo, fingiendo dormir, acechando el momento propicio, vamos listos.

Me sorprendo amodorrándome, y ya mezclo lo real con lo soñado. Ya veo aparecer duendes. Pasa un instante. Voy a sumirme en el abismo del sueño cuando percibo una sombra.

Un rostro, el de Rosana, que me observa. He debido perder la noción un breve momento. Me crispo para no moverme. Aguardo. Y he estado inspirado. Lentamente, muy lentamente, desenrosca su brazo a cuyo extremo hay una pequeña pistola provista de un silenciador.

El arma se acerca a mi sien. Quiero aguantar hasta el último segundo. Mi corazón palpita. De pronto, me incorporo y mi diestra,

en zarpazo agarra la pistola.

Es decir, el vacío.

Estoy sentado en el diván-cama, atontado. Rosana acaba de despertarse a causa del brinco que he pegado. Susurra:

—¿Una pesadilla?

—Amarilla.

Vuelve ella a encogerse en sus ropajes dorados, hundiéndome más en los cojines y almohadas donde predomina el dichoso colorcito: limón, oro, ictericia.

Ya he comprendido mi caso: en las próximas vacaciones, tengo que ir a efectuarme una limpieza a fondo en el primer taller de siquiatra. El inconveniente de ser agente secreto es que acaba uno por sospechar mala intención en el mamoncete que agita un sonajero.

Y esta vez me hundo al galope en el bello país di sueño sin pesadillas.

Es la luz del día la que me despierta. Rosana si acurrucada como una bella pantera en la esquina di suntuoso diván.

Me levanto, buscando la cocina o cualquier lugar donde haya agua. Aprovecho para inspeccionar. Lo que choca es la ausencia total de papel escrito. Resulta curioso. Oigo a mi espalda la dulce voz burlona:

—¿Satisfecho del registro?

Me vuelvo. Está sentada en el diván. Venus Afrodita surgiendo de la espuma amarilla dorada. Sonríe:

—Estoy decepcionada, Pascal. Pierdes el tiempo. Si soy el agente doble que te imaginas, ¿crees que dejaré pruebas al alcance?

Todo el mundo puede cometer un error.

—¿Lo he cometido yo?

Tiene el semblante apenado de una criatura solicitando perdón. Resumiendo: se ofrece el placer de tratarme como a un agente de tercera.

Hago señal de abandono, de que ha ganado. Y ella juega a la buena ama de casa. Lo cierto es que sabe fabricar un café estupendo. Bebemos. Entre sorbitos ella sondea:

—¿Trabajarás conmigo, Pascal?

—Seguro, hija mía.

Puedes serme muy útil, dados los agentes que tienes en el Este.

—No suman más que los yanquis.

En número, sí, pero tú dispones de calidad comprobada.

—¿Cómo lo sabes?

Tengo buenas informaciones sobre la red que organizaste.

—¿Y quieres conocerla?

—No, porque sospecharías que pretendo vender tu red al enemigo.

—Entonces, estoy seguro que vas a pedirme algo mucho más complicado.

—Naturalmente. Necesitamos información en masa. A través de ella conoceremos su plan, el modo cómo lo llevarán cabo, el sitio y la hora.

No contesto, y nota mi reserva. Añade ella:

Adivino tu pensamiento. Te preguntas la razón por la cual si los americanos necesitan información por qué no la piden oficialmente. Eres veterano, Pascal. Si yo poseo, por suerte, una información, tengo que explotarla, si quiero vencer. ¿De acuerdo?

—Estimas que pasando por los escalones ordinarios, no haremos nada. Todo quedará anegado en despachos. Y los cosacos habrán llegado a París, antes que el presidente yanqui haya sido informado por su línea roja o verde. De acuerdo, guapa.

Tiene ella razón. Y remacha:

—La fecha puede ser inminente. Es preciso descubrirla.

—Claro.

Parece aliviada. Me despido prometiéndole lanzar sobre la pista a toda mi red. Cuando voy a cruzar la puerta, Rosana se me incrusta. Musita:

—Casi lamento lo que pasó entre los dos. Podría creermme que fue por interés de reclutarte.

—No lo creo —y acaricio su mejilla.

—Soy una muchacha lanzada en una aventura enorme que me sobrepasa.

—Figúrate yo.

La humildad le sienta a ella como un casco a un cisne. La beso en la frente. Por la mañana, siempre mi siento paternal. Sobre todo con niñas del estilo de Rosana. Pura dinamita en terciopelo.

CAPÍTULO VII

El coronel me espera con impaciencia. De costumbre, es simple curiosidad. Pero ahora está inquieto. Me anuncia:

—Lustic hizo saber que venía a vernos.

—Excelente.

—Siempre que se molesta en desplazarse, es para comunicarnos catástrofes.

—De eso vivimos. De las catástrofes. Si todo estuviera pacífico, usted mandaría un regimiento de caballería, donde no habría siquiera caballos. Y yo sería conserje de hotel o intérprete playero.

Le relato mi noche, prescindiendo de detalles superfinos. Resumen:

—Rosana juega un extraño juego.

—Sí, pero créame, está muy protegida.

—¿Por quién?

Tiene un gesto evasivo. Viene a decir: «Montañas. Potencias financieras descomunales».

Avisan que llega Lustic. El hombre parece febril. Le palma el coronel ofreciéndole una copa. Le invita a detallar los «destrozos» causados por mi excursión.

—No pasó nada —afirma Lustic.

—¿Nada?

—Ni a mí ni a Klaus.

—Sin embargo, Klaus le dio un salvoconducto a Pascal.

—Pero el papel solamente lo vio de verdad Ulrich. En paz descansen —expongo.

—Yo he venido, porque el ejército ruso se mueve mucho. Y corre un rumor.

Repiten que los americanos atacarán para apoderarse del Berlín-

Este.

—Eso es una locura, amigo mío, afirma el coronel. Lo mismo digo yo. Pero Lustic no parece muy convencido. Manifiesta:

—Dicen que los partidarios de la guerra preventiva han llegado a Berlín.

El coronel se encoleriza. Lustic se bate en retirada. Le digo que sus informaciones me interesan. Bromeamos un poco. Si se inquieta, porque la policía ya no parece interesarse en él, ¿dónde vamos a parar?

Mentalmente me contestó: vamos a parar a extraños acontecimientos imprevisibles. Por fin, Lustic se despide para regresar a su tienda.

El coronel se indigna a solas conmigo:

—¡Lo que nos faltaba! Ahora ya sabemos que han hecho correr la noticia falsa de que ambos bandos están desenterrando los bazooka y rompen la pipa de la paz.

—Eso para empezar —y levantándome, agrego—: Voy a pasar a la acción.

Me mira inquieto. Me supone lo bastante torpe como para hacer estallar una guerra entre ciegos e inválidos. Le tranquilizo:

—Iré a sondear a mi amigo Buster.

Encuentro a Buster en su despacho de agente exportador-importador. Le invito a almorzar. Parece ausente. Casi diría que está celoso. Como la conversación se caracteriza por un largo silencio, abordo el tema:

—Dime quién diablos ha catapultado a Rosana en nuestro pequeño horizonte.

—No puedo decírtelo.

—Pues yo sí.

Me contempla receloso. Silabeo:

—Los abominables hombres de la guerra.

—¿Y éstos quiénes son?

—Lo sabes perfectamente. Ni yanquis, ni rusos, ni amarillos. No tienen raza definida. La minoría más temible. La formada por los mercaderes de la muerte, que tienen que vender su mercancía.

—Mira que eres instruido —se burla—. ¿Qué tiene que ver Rosana aquí?

—Está encargada de poner la cerilla en el polvorín.

—Que estalle ya de una vez.

Buster, que parecía bien equilibrado, ya ha caído en la locura. Está dispuesto a ayudar a Rosana, la representante del Sindicato Invisible.

—Vaya, veo que te pasaste al bando de los sanguinarios, Buster.

—Tú no eres ninguna ursulina delicada, Pascal.

—Procuraré demostrarlo, con tal de evitar que ganen los dementes.

—¿Qué piensas hacer?

—Primero, hablar con Rosana. Acabar de entender el plan.

—Si te interpones en el camino, te aplastarán. Te lo advierto.

Es casi una amenaza. No lo puedo evitar. Me da pena. Le aplico una palmada en el hombro. Un gesto amistoso. Si algún día nos hemos de matar, será sin rencor.

Pone cara más furiosa todavía. Sufre. Está en vísperas de ir a cuidar leprosos, o dedicarse a vaciar bodegas. Remedios distintos contra las penas del amor, pero los efectos dicen que son idénticos: hacen olvidar.

Tomo nota mental que enfrente de donde reside Rosana hay una obra en marcha. Con andamiaje metálico. Siempre puede ser útil.

Subo. Ella me abre con leve sorpresa, y a modo de saludo, afirma:

—Tengo lotes de noticias. ¿Te interesan?

—Mucho —y me deja instalarme. Hasta me sirve un coñac.

—He recibido la visita de un agente, del otro lado. Parece ser que los cosacos temen un ataque yanqui. Frunce las cejas. Se da cuenta que no vengo en plan amistoso. Agrego:

—Ellos están tan inquietos como nosotros. Y acusan ya a los americanos de preparar una ofensiva relámpago contra Berlín-Este.

—Es insensato.

—Naturalmente que lo es. Pero, para un observador imparcial, o sea, yo, resulta curioso. De cada lado, se preparan activamente a rechazar al enemigo.

—Desde hace veinte años.

—Pero antes fue siempre sobre un terreno teórico. Hoy, están al borde del ajuste de cuentas.

—¿Y te da miedo?

Me contempla irónicamente. Machaco:

—La vi en Argelia la guerra. Era pequeña. Era monstruosa. No me gusta.

—Tienes que resignarte. A otros hombres les gusta la guerra. Y a algunas mujeres también, si no me equivoco.

No se digna defenderse. Prosigo:

—Ya sé ahora para quién trabajas: para el maldito clan de dementes que desean la guerra, porque se enriquecen con ella.

—Y sería feliz, si trabajases conmigo. Podemos hacer grandes cosas.

Roza mis labios con los suyos. Me dejo. Es sabroso. Luego, ataco:

—El otro día, los que te querían raptar, ¿eran cosacos?

—Claro.

—¿Por qué te atacaban?

—El servicio secreto soviético debió enterarse de mi llegada a Berlín y averiguó que yo tenía una misión importante. Intentaron eliminarme.

—Felizmente, estaba yo allí.

—Felizmente —repite ella con docilidad.

Quiere volver a marearme con su boca de alta tensión, pero la rechazo para preguntar:

—¿Por qué uno de tus atacantes levantó la cabeza, cuando acababa yo de enviarlo al suelo fuera de combate? ¿Por qué nos miró partir y tranquilizado, volvió a descansar la cabeza en la acera?

Se incorpora bruscamente. Fin del idilio. Aparece la Rosana bélica:

—¿Qué pretendes insinuar?

—Mandé a la lona callejera a tres compadres. Con una facilidad que no me sorprendió, puesto que es legendario que para tumbarme se necesita por lo menos medio batallón. Lo que sí me amoscó es que uno de los noqueados quería comprobar si me iba contigo.

—¿Y qué has deducido, cariño?

—Simulación. Tus agresores, cómplices tuyos. Prueba apabullante. En el segundo combate desarrollado poco después, los mismos tres compadres, no me dejaron ni cazar moscas. Me arrollaron. Eran técnicos. En lenguaje de boxeo, diríamos que en el primer encuentro «se acostaron sin fijarse». Eso es feo, caramba. Poco deportivo.

Ella posee una serenidad abrumadora:

—¿Y quieres explicarme ahora qué finalidad perseguía yo?

—Tú me la explicarás.

—Soy incapaz, porque todo es falso en tu interpretación.

—No, señora.

No elevamos la voz. Somos gente educada. Nos dirigimos sonrisas afectuosas. Agregó:

—Los mismos que me zumbaron, fueron los que raptaron a Irma, devolviéndola muerta. Como el padre fue liquidado en el Este, deduzco que los asesinos de la hija pertenecen al mismo campo.

—Interesante. ¿Y...?

—Salta a la vista. Si los que liquidaron a Irma han sido los mismos que fingían querer raptarte, llego a la triste conclusión que no eres agente americana.

—Entonces, para ti, soy agente soviética.

—Es la única teoría posible.

—¿Y qué misión estoy realizando?

—Procurar hacer posible la guerra.

Enciende un pitillo, y sonriente me lanza la bocanada:

—Pascal, todo músculo, nada en el cerebro.

—Rosana, ¿quieres que describa geográficamente tus mejores armas? Soy pudoroso y gazmoño.

—Intentas presentar mejores argumentos que los muy débiles que he oído.

—El coche que tomamos prestado, fue robado poco después y sirvió para llevar a Irma hacia sus verdugos. La robaron ante mi tasca.

—Tú elegiste la tasca. Yo no.

—Todas las noches voy allá. Era fácil para ti saber que te llevaría a mi tasca.

—Bien, ¿me permites presentarte otro modo de ver los hechos? Vine a buscarte para pedirte que trabajases conmigo. ¿Por qué de noche? Porque conocía de oídas tu existencia, tu predilección por la noche y las chicas de buen ver. Llegué y aquellos tres tipos se me echaron encima. Me confundieron con Irma. Eso es todo.

—¿Qué servicios esperabas de mí?

—Tu ayuda personal. La red de agentes franceses al otro lado, es considerada sólida. Y la diriges. Por ejemplo, tu amigo Lustic, el

vendedor de radios. Prueba a mi favor. Si yo fuese agente soviética, comprenderás que Lustic ya estaría detenido.

—No forzosamente. Puedes necesitarle. No te revelaré nada nuevo al manifestarte que a un agente enemigo se le deja con frecuencia en libertad para poder vigilarle discretamente. Es más útil que encarcelado.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Entregarme a cualquier policía militar?

—No. Explicar todo lo que sé sobre tus planes.

—¿A quién?

—A todos los que quieran escucharme.

—Creo que cometes un grave error, cariño.

Ya está de nuevo muy cerca, flexible, prometedora:

—Yo te ofrezco la fortuna, el poder, la aventura. Los hombres poderosos llegan a serlo, no gracias a la paz, sino gracias a la guerra. ¿Y el dinero que brota a chorros, dónde va a parar? A los que trabajan para la guerra. No seas idiota. Ven conmigo. No lo lamentarás. No te miento. Nosotros dos, juntos, no podemos perder.

Domino el deseo de abrazarla. Porque está soberbia.

—Hermoso discurso, pero ¿quiénes son tus amos Rosana?

—Poco importa. Si eres, como creo, inteligente, trabajarás conmigo.

Me levanto.

—Me han calumniado. Soy idiota. Moriré idiota, pero contento.

—¡Cuidado, Pascal! Si somos enemigos, date por perdido.

—Yo no soy Buster. El es de raza joven, ingenua, de los que quieren ser mandados por mujeres. Yo soy de raza antigua. Considero que la mujer a sus menesteres. Execro, detesto, abomino de la mujer política.

Me voy hacia la puerta. Ella me sigue. Colérica.

—No eres invulnerable, Pascal. Estás hecho de carne y sangre. La carne puede desgarrarse, la sangre puede destilar. Y entonces ya no queda voluntad, energía, nada.

—Todos somos mortales. Tú misma. Me lo enseñaron en el catecismo. Los mismos que hoy te emplean, mañana podrían cortarte en rodajitas.

Me suelto, porque me había deslizado un brazo por el talle, y estoy perdido si me aplica la llave maestra de sus labios. La beso en

la frente.

—Sin odio, mujer. Encantado de haberte conocido.

—Qué pena... —murmura.

Vaya oración fúnebre más corta y expresiva. Su puerta se va cerrando. Oigo todavía su respiración. Ya no estoy tan seguro sobre si tengo o no razón. Sería tan fácil golpear suavemente la madera. La puerta se abriría, y tendría entre mis brazos a Rosana. Algo deleitoso.

Me alejo apresuradamente. No cabe ya duda. Soy un verdadero héroe. O un perfecto cretino. Así somos los idealistas. Ambas cosas.

Voy a revelarles un secreto. En voz muy baja. Odio la guerra. Mataría a mil, a diez mil, de los que pretenden beneficiarse con la guerra. Uno tras otro los degollaría, empalaría, patearía...

¿Por quijotismo? Yo, Jean Pascal, francés medio, treinta años, sano de cuerpo y mente, nunca podré olvidar la estatua del dolor. Mi madre. Cabeza inclinada, velos de viuda. No lloraba. Estaba orgullosa del autor de mis días, muerto en acción de guerra.

Estuvo orgullosa cuando regresé condecorado de la guerra argelina. Pero me sonrió, allá, en la cama, la enorme cama matrimonial. Una sonrisa de completo agotamiento. Murió días después.

Ya sé, ya sé. El médico me llamó ultrasensible, cuando argumenté que la heroica muerte de mi padre y mi heroico reparto de piñazos por el norte de África, causaron una baja irreparable: la muerte de ella, la esposa la madre.

Desde aquel día, lo juré. No sé cuántos seremos los Jean Pascal en activo. No sé si lograremos formar un sindicato para acabar con las guerras. Pero hay algo que sé, algo que me conforta, algo que me hace palpar feliz, inconsciente y cretino. Moriré a gusto. Trabajo por una causa muy noble. Evitar sufrimientos a todas las madres del mundo.

—¡Concho! Estoy de moda. No me diga que viene a sermonearme.

Y agito el vaso en dirección a mi jefe que acaba de instalarse a mi lado, en la mesa mía, en mi tasca favorita.

El coronel me contempla con repulsión. Gruñe:

—Me temo que está usted borracho, capitán.

—Se me pasará. Ya se me está pasando. ¿De qué soy culpable?

—¿Qué hizo usted esta tarde?

—Fui al cine a ver «Disneylandia». Oiga, cada día les tengo más cariño a los animales. ¿Y usted?

—Será por esto que no puedo meterle un paquete.

Antes de ir al cine, ¿dónde fue, cacho de bruto?

Está cariñoso. Me quiere, aunque lo disimule.

—Fui a desfogarme un poco con Rosana, a base de cantar verdades.

—No le enseñaré nada nuevo, repitiéndole mi convicción de que usted, a ratos, es más temible que un crío retrasado mental. La franqueza es el enemigo número uno en nuestro oficio, mi querido berzotas.

—Depende. Me di el gustazo de cantarle mi asco a una hembra que trabaja para los mercaderes de muerte.

—Así no iremos a ninguna parte. Si yo tuviera que cantar verdades, hace tiempo que estaría entre rejas.

Al grano. Me ha telefoneado el «Caimán».

Vaya. El jefe del contraespionaje americano en mi sector. El coronel se pone tierno:

—Le conviene un poco de reposo, muchacho. Podría tomar el avión de esta noche. Le acompañaría yo mismo. ¿Una playa española, eh, qué tal?

—O sea que el «Caimán» me considera un indeseable.

—Le considera, y con razón, un follonista. Estima que se habla demasiado de usted. El rapto de Irma, su devolución, la granada... Bueno, al parecer, usted como agente ya está «quemado». Y compromete la seguridad de todos los servicios aliados.

—¿Y usted qué opina, mi coronel?

—Que no sabemos bastante para seguir adelante. ¿Qué les diríamos a nuestros colegas? ¿Qué Rosana está instalando una preciosa carga explosiva? ¿Qué pruebas tenemos? Rosana tiene influencias. Se reirán de nosotros, o nos expulsarán. En el mejor de los casos, nos cortaran las alas. A menos que podamos presentar pruebas evidentes. ¿Quién teledirige a Rosana? ¿Lo sabe?

—No, no, no.

—Cuando esté sordo, ya se dará cuenta. Por la trompetilla. Y a mí no me chille usted otra vez, o le juro por las herraduras de cien mil potros que le hago destinar al servicio de pesqueros de Islandia.

Tengo que excusarme. No hay remedio. El coronel es uno de tantos militares sanos, nobles, que odia la guerra también. Por eso precisamente. Porque su profesión es evitarla.

—Le ruego me perdone, señor. Esta noche me encuentro un poco tristón, ¿sabe?

—Sé. Le invito a cenar, muchacho.

—Caray, acepto.

Estoy emocionadísimo. Con lo roñica que es, invitarme a cenar representa darme la Individual con pensión. Y encima, elige platitos sabrosos.

Masticamos con devoción. Hablamos de mujeres, de vinos, de tabacos. Hasta que filtro la flechita.

—Viajar de noche me fatiga. Podría irme mañana, ¿no?

—O pasado mañana.

Conserva el rostro impasible y agrega:

—De todos modos acabo de darle a usted un permiso de ocho días. Se lo ha ganado.

—Iré a practicar esquí.

Noble actividad. Así sólo podrá partirse una pata. Le quedará otra.

Relincha suavemente. Es su modo de reír, cuando comprueba que le he captado lo que desea que yo capte. Y lo aclaro más:

—Lo esencial es que el «Caimán» ya no oiga hablar más de mí.

—Ha comprendido perfectamente la situación, jovencito. ¿Desde cuándo le gusta esquiar?

—Me han dicho que hay pistas de esquí fantásticas allá por Alemania del Este.

—Pensaba en ellas, sí, en ellas. Créame que le envidio. Serán unas vacaciones maravillosas —y baja un poco la voz, casi carraspeante—: Cúidese, muchacho. Va a meterse en el gazon de la fiera.

—Un día me dijo usted algo que me conquistó, señor. Sobre su misión.

—Informar a los que me pagan sobre la fecha y lugar donde pueda existir cualquier trifulca que pudiese originar la guerra total. En eso estamos, Pascal. Pero tendrá que jugarse la piel a solas. Yo no sé dónde va usted. No sé dónde diablos se ha metido.

—Use es el juego, señor. Ahora bien, si mientras esquío, recojo

una o dos informaciones, se las transmitiré.

Cabecea asintiendo. Alarga la mano. La apoya en mi antebrazo, y muerde las palabras:

—Tengo el honor de disponer de varios brutos nobles como usted, Pascal. Pocos son. Quiero volverle a verle ¿se entera?

—Soy el primer interesado. Me gusta la vida, señor.

Pasa una morena que levanta oleadas de palpitaciones El coronel adopta máscara marcial. Se esfumó el instante sentimental. Mi jefe gruñe:

—Vaya jaca...

—Número 71, Wernstrausse, «Wunderstrip». Hace un número caprichoso. Ante una cabeza de toro, se desviste prenda a prenda el traje de torero. Oiga, de miedo.

El coronel mira su reloj. Puntualiza:

—Pasa a las diez y a la una. De torero, a las diez. De dama del Sur con veinte crinolinas, a la una.

—¿Y a las dos?

—Se precipita a darles biberón a sus dos hijitas. De veras.

—Nunca nos fíemos de las apariencias. Parece un volcán, y es una mamá cumplidora.

Relincha, añadiendo:

—¿Le falló la cita, eh, muchacho?

Levantándose, agrega:

—No me falle a mi cita. Dispone de ocho días máximo.

Está emocionado. Ha dejado cinco marcos de propina. El, que declara que la propina degrada a quien la recoge y a quien la da.

En la calle, tiende la diestra. Nos estrechamos las manos. Y tiene cosas anticuadas, viejo estilo, románticas. Me saluda militarmente. Luego da una media vuelta impecable. Se aleja. ¿Volveré a verle? Claro que sí. Solamente matan a los sensatos con excesiva inteligencia.

No es mi caso.

CAPÍTULO VIII

Estoy la mar de bien vestido de albañil. Pertenecen al pobre que tuve que atontar el otro día, en el sótano. Guardé sus ropas por si necesitaba disfrazarme de representante de las masas laboriosas. No tardé.

Fui a dárme las de albañil parado en la obra frente al Inmueble donde reside Rosana. Por suerte, no me dieron trabajo, sino esperanzas. Pero pude fraternizar con los artistas de la paleta.

Fui enterándome de lo que me interesaba. ¿La espléndida rubia que se ha asomado en aquel balcón? Algo serio. Recibe visitas hasta de generales. De las cuatro potencias.

No sé el tiempo que durará mi acecho, pero sé que dará resultado. De pronto en la entrada del inmueble aparece una mujer vestida de impermeable gris, sin elegancia, zapatos planos.

Lentes negros, cabellos tirados a la nuca. Nada de coquetería. Aspecto de institutriz. Tiene pinta de intelectual del otro lado.

Y súbitamente recuerdo lo que me dijo Irma sobre la visita que recibió su padre. Pregunto al peón:

—¿Quién es esta inquilina?

—La vemos de vez en cuando. Debe vivir allá, pero en un piso dando al patio interior. Nunca se asoma. No es como la rubia.

Ya ni lo escucho. Galopo en persecución de la que gira la esquina.

Rosana. Segunda versión. Es Rosana. Hay detalles que no engañan. Contorno de cadera. Giro del cuello. Orejas. Voy viendo la cosa. Para determinadas misiones, capta la presencia de oficinista, secretaria o maestra.

Rosana penetra en el pasillo del metro. Se confunde pronto con la muchedumbre de oficinistas que se dirigen a sus labores. Sube al

primer vagón. Yo en el del medio. Me quedo junto a la puerta. Tengo que estar preparado a saltar, por si utilizaba el truco conocido de bajar en el momento en que el convoy se pone en marcha.

Pero comprendo de pronto dónde va. Al otro lado. No puedo seguirla. Tengo que apostar todo sobre una teoría. Salto en la penúltima estación.

Al salir encuentro un taxi. Le pido que me lleve a la frontera. Detalla mi ropa de albañil y hace una mueca:

—Sabes... Hay trabajo en esta zona.

—Por todas partes, hermano. Salvo en Gandulandia.

Durante todo el trayecto, el honesto chófer no despega los dientes. Debe considerarme un traidor. Eso es lo malo de nuestra época, entre otras menudencias. Siempre somos el traidor de alguien.

En la frontera, mi amigo el brigada abre la boca para soltar algún chiste, y de pronto recuerda que hay galones bajo mi ropa. Se cuadra. Le digo:

—No sea capullo, brigada. Soy albañil. Tráteme con familiaridad.

—Eso, ¿volvemos a trabajar de andamio, mi... eso... amigo?

—De escoba esta vez.

Paso el puente. El oficial Vopo tiene aspecto de calma. Me sonrío, pero de pronto pone cara feroz, ya que hace la comedia de siempre. Examinar mis documentos. Susurra:

—Pararon la investigación. Curioso.

—Demasiado curioso. ¿Sacó ya a su madre fuera?

—Sí. Ya —y suspira aliviado.

—Entonces, óigame bien. Si dentro de seis horas no oye por teléfono mi voz diciéndole si está Franz, escape. Vuele, como sea.

—Gracias.

Mientras me alejo, medito que casi está deseando que me atrapen. Así tendría el estímulo necesario para dejar ya de ir cobrando, y volar al otro lado. A reunirse con su vieja. Allá por América del Sur. Vaya tío feliz.

Mi primera visita es para Lustic. Antes he rondado los alrededores. Precaución inútil. Si hay polizone al acecho, no lo veré. Estará en una ventana con un teleobjetivo. La única táctica es

ir aprisa.

Entro en la tienda. Lustic palidece al verme.

—¿Qué... ocurre?

—¿Tiene nuevas informaciones?

—Poca cosa. Se preparan como en las horas más graves. Pero ¿con qué finalidad? Imposible saberlo.

—Si regreso, ya se lo contaré.

—¿Dónde va?

—El otro día me recibieron muy bien en cierto chalet. Vuelvo allá.

Sacude la cabeza como el maestro oyendo delirar un gamberrillo. Me presenta un transistor para despistar y explica:

—El chalet es el Cuartel General de la Especial. Ahora es una fortaleza. Imposible saber qué pasa allá dentro. No entrará. Y si entra, no saldrá.

—No pienso entrar. Quiero solamente comprobar si allá acude determinada persona.

—Usted me resulta un albañil demasiado postizo. No lleva ni fiambarrera. No podría llegar ni a cien metros del chalet. Espere un minuto.

Desaparece en la trastienda, y yo finjo examinar aparatos. Entra una mujer. Quiere un televisor de potencia para captar emisiones del otro lado. Me ofendo:

—Sepa, señora mía, que no mejoran las nuestras.

Se larga sin comprar nada. Era una provocadora. Reaparece Lustic:

—La de siempre. Buscando cándidos.

Cojo el morral que me tiende. Hay herramientas, cables, trastos.

—Será un reparador de antenas —me explica Lustic—. Lo esencial es que pueda usted subir a los tejados.

Me paso la correa al hombro. Le felicito por su genial idea.

—Recuerde lo importante, Lustic. Es lo que diré en caso de peligro. Usted me creyó un albañil deseoso de comparar los métodos laborales y por ello me facilitaba detalles de poca monta.

Salgo a la calle y de inmediato experimento una mala impresión. Es preciso haberla experimentado para saber cómo es. Infinitamente desagradable. Me están acechando.

Me están siguiendo. Mi instinto no me engaña. Era evidente que

vigilaban la tienda de Lustic. Pero por definición, una tienda es un sitio donde transita mucha gente. No van a saltarle encima a todos los clientes.

Camino con toda la desenvoltura posible. En el reflejo de un escaparate veo a mis ángeles guardianes. Caras gruesas, apacibles, personificando la conciencia profesional limitada a una sola misión. Bien hecha.

Van a meterme mano. No puedo escaparles. Y ya sé que sus intenciones son puras: no se trata de una vigilancia discreta, sino de una detención. ¿Huir? No correré ni cinco pasos. ¿Pelear? Sería un final absurdo. Me liquidarían a tiro limpio. No puede decirse que sean guapos. Un organizador de lucha libre los contrataría entusiasmado para asustar al árbitro.

Me siguen con las manos en los bolsillos. No tienen prisa. En la parada del autobús acortan distancia. Tiendo los músculos a ver si un salto... Inútil. Quedo flanqueado por dos especialistas.

Parecen no tocarme siquiera, y sin embargo, por presión, me impiden el menor gesto. Uno me dice amablemente:

—¿Para qué coger el autobús? Este medio de transporte es indigno de usted... Disponemos de un coche para llevarle donde quiera.

—Voy a reparar una antena.

Ríen a gusto. Y el que ya habló asegura:

—Verle reparar antenas debe ser la monda. De todos modos, al chalet donde vamos hay cientos de antenas. Podrá hacer prácticas.

Mientras, un coche ha avanzado hasta el bordillo. Me empujan, se abre una portezuela y me precipitan al interior. Los dos polizontes me encuadran lo justo, sin brutalidad, con solidez. El coche embala hacia el chalet.

—¿Por qué me detienen? —pregunto con cortesía asombrada.

—Porque hoy no nos salía la cuenta. Ya sabes. Cada día tenemos que detener un par de docenas. Ya sabes. Somos un régimen policial.

—Yo soy un modesto obrero.

—Precisamente. Nos encantan los obreros como tú. Tienen buen humor. Son casi espirituales.

—¿Qué me reprochan?

—¿Nosotros? Nada. Ni te conocemos.

El otro dice que le revienta oír hablar majaderías.

Nos callamos.

El mejor modo de prepararse a los acontecimientos dolorosos, es pensar que forzosamente terminarán bien. Es mi fórmula. Yo venceré, porque soy el menos listo.

—Reconozco el barrio. Giramos la esquina. El chalet ha experimentado grandes transformaciones. La verja ha sido reemplazada por un portalón alto y pesado que, apenas se acerca el auto, se abre, maniobrado desde el interior.

Se acabó la «dolce vita». Soy un fardo. Me catapultan al exterior, y me empujan hacia el vestíbulo. Me izan por la escalera sin que ni uno ni otro de mis ángeles guardianes afloje la llave. Estos tipos se las saben todas.

Atravesamos el pasillo y nos paramos ante la puerta que fue antaño la del pobre Ulrich. En varios toques soy registrado, desarmado y uno de ellos pulsa el botón. Se ilumina en verde el cristal superior, la puerta se abre, y me introducen con un suave empujón.

Tras la mesa, el chino. El amarillo que vislumbré en mi primera visita.

Un hombre fornido, de rostro macizo. Impasible como lo que es. Un oriental controlado.

Me sientan en una silla frente a él. Respiro a fondo y comento:

—Sus colaboradores son un poco pesados.

Arquea las cejas como si no comprendiera el alemán. Su francés es formidable.

—Realicé una parte de mis estudios en París.

—Una educación que falló, por lo que veo.

Por el contrario, aprendí mucho en su país. Tengo entendido que hace poco estuvo aquí. Lo supe demasiado tarde. Creo haberle visto, pero estaba distraído, y no preste suficiente atención a su persona. Lo siento.

—Yo también.

—Mató a mi amigo Ulrich. Se lo reprocho. El era amigo mío. Me contenta saber que he logrado capturar a su asesino. Usted.

—No lo niego. No fue asesinato. Sino defensa propia.

—Usted sabe cuál es el castigo en todos los países del mundo para aquel que mata. Perdóneme si le resulto charlatán. Me agrada

mucho charlar.

—Me agradecería fumar.

—Yo no fumo. No veo por qué usted no puede ser ascético, aunque no sea de mi raza.

—Oiga, conflictos ideológicos, no, por favor.

—Desearía liquidarle rápidamente, pero alguien intercedió en su favor. ¿No me pregunta quién?

—Rosana.

—¿Por qué cree que es ella?

—Está loca por mi belleza particular.

Una leve sonrisa flota en sus labios delgados.

—¿Loca? No exageremos. Pero tiene por usted una debilidad. A mis ojos, culpable.

—¿Es usted su jefe?

—En todo caso, soy el que inspira su actividad.

—Puesto que de todos modos, voy a acabar mal, ¿puede decirme a qué fin tiende toda esta actividad?

—Supuse que lo adivinó.

—Casi. ¿Guerra?

Una transformación asombrosa se produce en los rasgos amarillos apenas oye la palabra «guerra». Se iluminan sus ojos, dilatándose. Su boca se entreabre. Casi está próximo al éxtasis místico. Sugiero:

—La destrucción universal.

—Parcial. Solamente dejará subsistir a los pueblos jóvenes. La raza blanca perecerá.

—¿Por vieja? Pues anda que ustedes los mandarines son nuestros bisabuelos...

—Ya no quedan mandarines, sino raza joven. Y la paz china reinará sobre el mundo. Haremos que los americanos y los rusos se destruyan, con sus aliados.

Es un fanático de la peor especie. Cree en lo que dice. Está lanzado en su exquisita pesadilla. Ante sus ojos pasan imágenes de grandes ciudades arrasadas, y es feliz. Revancha de raza. Le calmo un poco:

—No hay tortilla sin romper huevos. Caerán muchos chinitos.

—Quedarán los mejores.

—Ya. Usted el primero. ¿Y cómo piensa desencadenar su guerra?

—Partiremos de un incidente insignificante. Sembrando la confusión en ambos campos: el soviético y el americano.

—¿Rosana ha sido la que sembró una alarma preliminar de confusión?

—Sí. Maniobró por las altas esferas.

—¿Cuál será el incidente?

—Banal. Un choque entre dos patrullas.

—¿En las cloacas?

—Era inevitable que lo hubiese ya adivinado.

—Esto se arreglará con dos telefonazos entre los generales comandantes de cada zona.

—Así sería, si nadie lo evitase. Pero nos ocuparemos de ello.

Le brillan las pupilas. Me basta dejarle hablar.

—Supongamos que alguien, en este caso, yo, haya estudiado cuidadosamente el sistema de transmisiones al interior de cada ejército, así como los diversos medios de que disponen los estados mayores aliados —y empleo el término para mayor comodidad y entendimiento—, los diversos medios de que disponen para comunicarse entre sí.

Deja que la idea vaya filtrándose en mi capa craneana. Lo que me temía. Este hijo de Confucio tiene una inteligencia privilegiada. Lástima que la emplee para facilitarles el negocio a los mercaderes de muerte.

—Supongamos también que yo sea un especialista de la intoxicación propagandística. Trabajo en este ramo hace quince años. Sepa que basta con un poco de imaginación para colocar desviaciones en todos estos sistemas de comunicación. Con una sola condición: actuar aprisa, para evitar que la interferencia sea descubierta. Aquí, en pocos días, todo habrá acabado.

—¿Con el estallido del mundo?

—No. Parte de Europa. Parte de Rusia. Parte de Norteamérica.

Y cruza las manos sobre su carpeta como el director satisfecho que anuncia la puesta en marcha de un sistema de piñones zapateros para reumáticos. Resume:

—Todo, simplemente porque una veintena de soldados habrán intercambiado balazos en las cloacas de Berlín.

—También pueden abrazarse después de la trifulca.

—No podrán. Sus jefes están a mi servicio. Darán a los soldados

consignas precisas. Disparar a la vista de cualquier intruso. Porque cada patrulla creará operar en su propia zona. Hemos destruido ciertas barreras para que ni unos ni otros reconozcan la verdadera línea de demarcación. La batalla empezará. Habrán dos o tres, muertos.

—El general americano telefoneará al general ruso. Se dedicarán una gran bronca y acabarán por ordenar el alto el fuego.

—No, porque sus consignas, sus órdenes, serán interceptadas. Mis colaboradores enviarán refuerzos a las dos patrullas. La batalla se agravará. Los americanos y los rusos se acusarán mutuamente. Desencadenarán, cada cual por su lado, el plan de alerta. Y en el centro de todo el barullo, yo destilaré el veneno. ¿Se da cuenta?

—¿Por qué me explica todo esto? ¿Por orgullo de artista? ¿Por mala baba?

—Obedezco a varias razones. La principal quizá es comprobar la exactitud de mis argumentos. Usted conoce perfectamente la situación en Berlín y el clima que reina. Quiero saber lo que opina de mi pian.

Me detiene con un gesto:

—Inútil oírle. Me basta con leer en su rostro. Estamos ejercitados en traducir los pensamientos de un ser humano gracias al movimiento de sus rasgos. Al principio, usted me escuchaba con escepticismo. Ahora ya expresa rencor. Cree en el éxito de mi plan.

—Usted es el que ha organizado los rumores según los cuales, los rusos se disponían a lanzar una ofensiva relámpago.

—Preparación psicológica. He esparcido los mismos rumores entre ellos, concerniendo a los americanos:

—¿Y les dieron crédito?

—Los blancos son crédulos e inquietos. Siempre están dispuestos a sospechar malas intenciones en sus prójimos.

—Me agradecería poderle aplastar. Me contentaré con desear su fracaso.

—Es normal. Pero lo dudo. Mi plan está minuciosamente elaborado. Compás a compás, como una sinfonía. Empieza con una nota suave, en «piannissimo». Termina en una explosión.

Su dedo pulsa el borde del despacho, como si fuera a dar la señal que liberará los megatones. Sus párpados se arrugan de placer. Es el Gran Mandarín, señor de vidas y muertes. Afirma:

—No fracasaré.

No puedo insultarle, porque suena el teléfono. Descuelga, y se aplica el auricular. Oigo una voz femenina. El replica:

—Aquí está. Venga.

Me sonrío, casi con una especie de amistad cómplice. Abre un cajón, coge un paquete de cigarrillos, cerillas, y me tira todo.

—Fume, si esto puede aliviarle un poco.

Sé que a mis espaldas siguen vigilantes los dos mastines. Oigo un ronroneo. La puerta se abre. No hace falta que me vuelva para saber quién acaba de entrar. Rosana se acerca a la mesa.

Sin maquillaje, cabellos tirantes, traje chaqueta severa. Está más suculenta que nunca. Quisiera poder saltarle encima. No sé si para acariciarla, o para estrangularla. Me dice afectuosa:

—Es muy feo seguir a mujeres desconocidas por la calle.

—¿Me reconociste?

—Claro. En el gremio de la albañilería, no creo que tengas un gran porvenir.

Señalo al amarillo:

—Si he de creer a nuestro común amigo, por aquí, nadie tiene mucho porvenir.

—Yo espero morir de vejez, con nietos.

—Yo también, —sonríe el chino.

—Entonces, tampoco desespero yo —fanfarroneo.

Me contempla enternecida. No diré que su compasión me produce calor en el corazón, pero prefiero verla a ella que al amarillo.

—Tengo buenas noticias —asegura Rosana.

El chino le hace señal de que se calle. Mis dos ángeles guardianes surgen de la sombra donde estaban agazapados. Me agarran y me transportan técnicamente. Con doble llave. Codo atrás, suspensión de hombro, y adelante, capitán Pascal. ¿Dónde me llevan? Por si acaso, hago memoria. Me vendrá bien recordar el Padre Nuestro.

Quedo encerrado en una celda recientemente acondicionada. Una camilla empotrada, un recipiente con grifo, funcional por partida doble, y una luz azul, indirecta, de clínica. Me extiendo. Mis pensamientos no tienen deditos sonrosados.

Dormito un poco. Me cansa meditar en lo que no me solucionará

nada. Me despierta el ruido de la puerta al volver a cerrarse.

Rosana, linda, rutilante, y sonriente.

—¿La Bella viene a contemplar a la Bestia vencida?

Sentándose al borde de la camilla, me acaricia la cabeza. Como una pastora amansando un carnero terco.

—Intervine, o si no estarías ya muerto, Pascal.

—Tengo la impresión que el amarillo me conserva en pepitoria porque puedo serle útil, en algo que no sé.

Le acaricio los hombros y ella deniega con la cabeza:

—Ta lo advierto. Es inútil que llames a la puerta, y pretendas emplearme como escudo. Dispararían sin titubear. Sobre ambos.

—Oye, la idea es potable. Verte y morir. Me gustas mucho, Rosana, pero no me dolería irme al otro mundo contigo por compañía.

—No lo harás. Tienes un defecto, Pascal. Eres demasiado anticuado, en el fondo. Eres incapaz de mirar a una mujer.

—No te fíes demasiado, aunque pareces leer en mis pensamientos. Tampoco yo me engañé contigo. Siempre me mentiste. Desde la primera noche. No venías a verme, sino a impedir que Irma hablase conmigo.

—Tienes razón —y parece divertirse—. Estábamos seguros de que ella vendría a verte tras la desaparición de su padre. Desgraciadamente, llegaste tú antes que ella. Simulé una agresión, y les caíste encima.

—Luego se desquitaron.

—Les agradó poder tomarse la revancha. Pero les pedí que no se ensañasen contigo.

—Gracias, generosa.

—Te necesitaba. Por esto, aquella noche, te arrastré lejos de tu casa. Pero tuviste que presentarte precisamente en el momento en que aparecía Irma.

—¿Por qué hiciste raptar a Flugel y a su hija?

—No fui yo, sino Yunk Chang —y señala vagamente la dirección del despacho del amarillo—. Flugel descubrió los trabajos que se hicieron en las cloacas. Le interesaron y no hemos sabido si adivinó la verdad. Le convencí de que me siguiera a la zona Este y fue detenido. Pero Irma iba a verte. ¿Qué le dijo a ella su padre? Debíamos saberlo.

—Ella no estaba al corriente de nada.

—Pero nosotros no pedíamos correr ningún riesgo.

—Y esto explica el bombazo en mi piso.

—No lo supe. Lo juro. Cuando llegaste a mi piso con Buster, me sorprendió la hora de la visita, pero yo ignoraba el atentado. Fue obra de Yunk Chang que decidió suprimirte pensando que podías estar demasiado enterado de nuestro plan.

—Esto sí que no lo comprendo. En vuestro plan, el punto capital es todo lo contrario del secreto. Los futuros adversarios han de estar persuadidos de que el otro va a atacar. Una indiscreción por parte de Flugel os era beneficiosa. Presentaba hasta ventajas. No era teledirigida por vosotros.

—Pero llegaba demasiado pronto. Todos nuestros contactos no estaban todavía conectados.

Súbitamente se inclina y me besa con una pasión que, en otras circunstancias, me habría parecido enormemente halagadora. Susurra:

—Me gustas de verdad desde el principio, Pascal.

—Te gusto, me gustas, nos gustamos...

Se incorpora y afirma:

—Ahora estás con nosotros, y vale más obedecer a Yunk Chang, porque será el vencedor. Estaremos tú y yo al lado de los nuevos dueños. Seremos los privilegiados.

En pie, tenso el cuerpo, está ya paladeando el triunfo. Se lo estropeo:

—Eres una visionaria, Rosana. Los nuevos dueños, si es que llegan a serlo, no te darán ni el lujo ni el dinero que deseas.

—Desde los romanos, las cortesanas de lujo siempre existieron. Ningún régimen podrá suprimir, por completo el lujo y el dinero. Nosotros estamos reservados para los ocios de los privilegiados. Yo estaré entre los privilegiados. Si tú persistes en formar en las filas de las víctimas, allá tú, Pascal. Tienes valor físico, pero te falta sentido práctico.

La puerta se abre. Entra Yunk Chang. Sus pupilas me barrenan:

—Le necesito.

Cruzo los brazos, como el albañil al que le proponen horas extras, y que ya está sobrecargado de trabajo. Chang prosigue:

—Le escribiré antes unas palabras a su coronel. Yo se las dictaré.

No se preocupe por el sistema de transmisión. Antes de una hora, su mensaje habrá llegado a destino.

—¿Y si me niego?

—Será molesto. Para usted.

Interroga a Rosana:

—¿No ha cedido a sus... argumentos? —Es extremadamente terco.

—Soy enemigo de la violencia —asegura Chang—. Prefiero que todo se lleve con suavidad, como ha de ser entre personas inteligentes. La presión me es odiosa, tanto si la sufro como si la impongo. Por consiguiente, se lo suplico: acepte escribir.

—Dígame el texto.

—En líneas generales, se trata de advertir a su coronel que los rusos preparan una ofensiva. Usted ha descubierto un movimiento de tropas. Ha logrado la confesión de un soldado que debe patrullar mañana por las cloacas de Berlín hasta topar con los americanos. Podría prescindir de usted. Pero le tengo a mano. Usted dará autenticidad a las informaciones que ya empiezan a filtrarse al otro lado.

Rosana me coge la diestra entre sus manos:

—Ha llegado el momento de elegir tu futuro, Pascal.

—¿Todavía duda? —pregunta el amarillo—. Por un lado, se le ofrece fortuna y placer. Por el otro...

—¿Una muerte desagradable?

—En efecto. Se lo advierto ya: no admitiré ningún signo, ninguna mancha, ninguna modificación cualquiera del texto. Tengo una muestra de su caligrafía. Añado que su mensaje le llegará a su coronel de tal modo que lo creará transmitido por Lustic. ¿Comprendido?

—Comprendido. Y yo no escribo ni jota. ¿Comprendido?

Un destello colérico reluce en los ojos de Rosana. Vuelve la espalda, porque prefiere no contemplar a este pelele que penetra estúpidamente en la vía del martirio.

Yunk Chang ha lanzado una orden. Veo surgir un enfermero. Por lo menos, es un tipo mongol, vestido de bata blanca. Tras él, tiene dos ayudantes. Me saltan encima y me inmovilizan. Me atan a la cama.

En vez de instrumento de tortura, el enfermero esgrime una

jeringa y un frasquito. Me desnudan un brazo, un ayudante me humedece la cara interna del codo con alcohol para que el pinchazo no se infecte. Son atentos.

Siento un líquido espeso entrarme por las venas. Mi cabeza empieza a pesar, y mi cuerpo también. Tengo unas ganas locas de roncar. No resisto más. Me zambullo en el negro abismo.

Ya estoy en un mundo distinto cenagoso, de limo amarillo. Rostros vagos, voces confusas, bocanadas de calor que me laten por las sienes. Pero aparte esto, me encuentro muy bien. Navego a vela, nado como un delfín, planeo por una atmósfera de blanca espuma, donde es imposible sentir el menor dolor.

Vaya mala baba la de Yunk Chang cuando me predijo una muerte desagradaba Pero si esto, es la gloria.

—Escriba —me dice una voz.

¿Cómo no? Escribiré lo que sea. ¿Por qué iba a negarme? ¿A quién debo escribir? ¿Al coronel? Pero si lo adoro yo al coronel. Es un hombre maravilloso. Me pasaría los días y las noches escribiéndole. Hasta cartas de amor, si fuese preciso.

Estoy hinchado de buena voluntad. Quiero todo lo que quieren los demás. Es idiota decir que no en un mundo tan suave y amable. Me deslizan una estilográfica entre los dedos. Sólida, americana, blindada. Buen material. Oigo palabras que no comprendo, pero soy capaz de reproducirlas fielmente. La voz que me dicta es amistosa, muy amistosa. Debe ser un amigo de mi tierna infancia. Me quiere, le quiero, nos queremos.

Tendré que saber de quién es esta voz, cuando ya no esté muerto. Me gustaría que esta voz me hablase mucho tiempo, eternamente.

—Firme —me dice la voz amiga.

Sí, quiero firmar, pero ¿cómo me llamo? Éste es el problema. La voz me sopla: «Jean Pascal». Vaya apellido más raro. El del filósofo tan simpático, eso es. Aquel de las máximas tan bonitas.

Me quitan la pluma. ¿Se acabó ya? Lástima. Yo estaba dispuesto a escribir del principio al fin toda la Enciclopedia Espasa.

Me acuestan de nuevo. Son encantadores en este purgatorio. Si la cosa sigue así, no echo de menos la perra vida vulgar. Bueno, por hoy ya trabajé bastante. Me acurrucó. Voy a dormir muy a gusto, con la profunda inocencia del bebé en el Limbo. Qué bien se está

así, flotando, ingrátido, sin ninguna preocupación. Ya no cabe duda. La muerte es risueña.

CAPÍTULO IX

Concho, vaya boca que me traigo cuando despierto. Corcho aglomerado. Una manilla une mi muñeca a la barra de hierro de la cama. Estoy solo, y asqueado de todo. Habría sido mejor deglutir tres litros de petróleo que la droga que me han inyectado. A juzgar por la oscuridad es de noche y tengo una sed bestial.

Percibo vagamente en el suelo un frasco con agua. Me contorsiono hasta alcanzarlo y bebo con avidez. Un agua sabrosa. Oigo fuera mucho jaleo, discusiones, idas y venidas. Se agitan mucho.

Y la luz se hace en mi celda, preludiando la aparición de Rosana. Se acerca, ya no es amable, y me quita la manilla sin protegerse siquiera contra un ataque eventual. Debe saber que no estoy en condiciones ni de pegar un sello.

—Vas a presenciar un espectáculo único, Pascal. Todavía tienes que desempeñar un papel.

Han entrado dos amarillos. Los ayudantes del enfermero. Me levantan y trasladan. Vamos bajando al sótano. Ya comprendo. El chalet fue elegido como vía de acceso a las cloacas.

Pasillos cimentados que parecen túneles de una línea fortificada. Nos hundimos en la tierra, y desembocamos en un pasillo más estrecho. Al final una puerta abierta. Veo el perfil. Es sólido, blindado, buen material. Además está provista de una palanca de cierre automático.

Entramos en una inmensa rotonda. En el centro, un despacho erizado de receptores, emisoras, micros y mandos.

En círculo se hallan distribuidos una cincuentena de aparatos que dan sensación de un decorado de ciencia ficción. Estoy ante una central perfeccionada que debe ser lo mejor que se fabrica en

transmisiones: teléfonos, radios, teletipos, emisores y receptores.

Me instalan en un rincón sobre un sillín de acero. Una manilla me ata la mano a un tubo. Un verdadero asiento de primera fila, pero sin la comodidad de la butaca.

Ante cada cuadro de estación, se sienta un manipulador vestido de bata blanca. A sus flancos, dos ayudantes encargados de transcribir los mensajes.

Se hace un silencio respetuoso. Entra Yunk Chang. Me contempla satisfecho y va a sentarse al sitio previsto. Tras el enorme despacho. Rosana le sigue. Hay un enorme reloj. Señala las cinco y doce.

Rosana se me aproxima:

—Dentro de media hora, las dos patrullas se pondrán en movimiento. Tardarán apenas de cinco a diez minutos para establecer el contacto.

Me señala un micro:

—Cuando se encuentren en el lugar que hemos elegido, oiremos el ruido del combate. Como si estuviéramos allí. Las detonaciones, los gritos... Podemos ocupar todas las ondas americanas y rusas. Conocemos sus códigos.

Son las cinco y veinte. Yunk Chang inspecciona su Cuartel General secreto. Va de puesto en puesto, dando instrucciones, haciendo preguntas.

Pienso en los fusileros rusos y americanos que creen partir para una patrulla ordinaria, y que se encontrarán enzarzados en una aventura demencial.

Cinco y media. Yunk Chang hace una señal para que aumenten la potencia de un micro. La resonancia rellena la rotonda. Una especie de vibración, amplificada por el eco de la caja acústica que son las cloacas.

Y se oye algo como un roce que aumenta, y se convierte en el ruido de unos pasos, de varios pisoteos rítmicos. Rosana está a mi lado. Dice:

—La patrulla.

Tintineos metálicos, susurros. Como si por radio oyésemos el avance de la tropa. Otros ecos se superponen: la otra patrulla.

De pronto un grito, que rasga el micro, seguido de otro grito. Los soldados se han descubierto, unos a otros. Se oye un americano

diciéndoles a los rusos que se encuentran en zona occidental y que deben retroceder.

El ruso replica enfadado que ni hablar del asunto, que son los americanos los que deben largarse.

En la rotonda, silencio absoluto. Un centenar de especialistas tienen los dedos sobre las teclas donde se van a interpretar una sinfonía atroz.

La de la mentira.

Al cinto del técnico más cercano veo una pistola. Una detonación que sacude el aire, porque la amplifica el micro general.

—Ya está —dice Rosana—. Empezó el barullo.

Chang tiene aspecto de gozarla. Da una orden. Todos los técnicos manipulan auriculares y aparatos. El micro derrama un torrente de ruidos que encantarían a un ingeniero de sonido.

A veces dan ganas de tirarse al suelo para evitar el chorro de balazos cuyo eco es el único que puede alcanzarme. Un enlace se precipita hacia Chang. Primer mensaje.

—Los americanos piden refuerzos —indica Chang a su técnico.

Segundo mensaje:

—Los rusos también.

Los aparatos crepitan, les enlaces escriben, los teletipos ametrallan. Han bajado el volumen del micro y los ecos de la batalla llegan sordos. Se ha organizado. Es evidente que los adversarios se han parapetado, de modo a sostener un asedio en regia hasta la llegada de refuerzos.

Chang es tan feliz que comenta los sucesos. Lee los mensajes que van trayéndole:

—Acaban de despertar al general americano.

Un poco después:

—El general ruso llega a su despacho. Está furioso. Bombardea con mensajes a sus oficiales de servicio.

Con sarcasmo, añade:

—Quiere comprender lo que está pasando.

Una voz se eleva en el micro de un aparato situado a mi izquierda. Procede de una estación americana. Oigo una voz gangosa:

—Aquí el general Dexter. Aquí el general Dexter.

Es el comandante de la zona.

—Llamando al general Scriabin.

Sin duda alguna, Dexter se ha dado cuenta que hay alguna anomalía en las transmisiones y trata de entrar en contacto directo con su equivalente ruso. Ordena Chang:

—Nublen.

Un sonido de carraca y grillos cubre la voz. Un operador conecta un micro. Lo tiende a uno, que en ruso interpela a los americanos:

—Todos vais a perecer, porque ya está lanzado el primer asalto que no se detendrá hasta la liberación de Berlín. Nuestras tropas son invencibles.

La carraca y los grillos han ahogado el llamamiento del general americano. Por todas partes, afluyen mensajes sobre el despacho de Chang:

—Han llegado los refuerzos. El combate se extiende. El amarillo hace una señal hacia el micro conectado al lugar donde rusos y americanos han trabado contacto. Instintivamente encojo el cuello.

Ya no son armas automáticas. Funcionan bazookas.

—Un grupo de cinco americanos acaba de ser volado por una granada —dice Chang—. En cada campo, reina la excitación. Están convencidos que estalla el conflicto general. Llamam a Washington y a Moscú. Alertan a la prensa.

Rosana, sentada, fuma un pitillo con absoluta calma Me explica:

—Dentro de un momento, cada uno quedará convencido que es el otro quien ha querido invadir Berlín. Se enviarán ultimátums. Si tienen que recurrir al Teléfono Rojo, nuestros técnicos «nublarán».

Chang sigue leyendo rápidamente los cables:

—Los rusos ordenan a todas sus tropas acantonadas que inicien un avance hacia la frontera.

Rosana parece feliz. Intento enfriar su entusiasmo.

—Apenas empiecen a caer bombas, os van a sepultar.

—Esto es un refugio a toda prueba. Al lado tenemos excavadoras. Podemos abrirnos camino desde el interior Tenemos ropa antirradioactiva, provisiones y aire comprimido en reservas. Podemos aguantar diez días, pero antes de cuarenta y ocho horas todo habrá acabado. Interviene Chang:

—La energía vital de la raza blanca quedará aniquilada.

Y la perspectiva le alegra. Descifra mensajes con faz riente:

—El general Dexter acababa de comunicar con el Alto Mando.

Afirma que, en su opinión, los rusos han decidido correr el riesgo atómico.

Me contempla con una sonrisa benévola:

—Voy a necesitarle, Pascal. Tiene que llamar a su amigo Lustic. Le dirá que acaba de obtener una información de la más alta importancia. Acaba de averiguar que los rusos han logrado colocar bajo el Berlín-Oeste una bomba de hidrógeno, y que ésta ha sido ya cebada por un comando. La patrulla atacada no ha sido más que una maniobra de diversión.

Me tiende un aparato telefónico, y agrega:

—Repetirá las frases que le dictaré. Exactamente. Sin cambiar una sílaba. Si se niega... —y ondea dedos amarillentos.

El enfermero del jeringazo se aproxima. Pongo cara de terror. Suplico:

—¡No, esto no!

—En efecto, es dolorosa —diagnostica Chang—. Y una segunda dosis, produce disturbios cerebrales irreparables. ¿Vio a Flugel?

—Le vi.

—Muerto tras agonía mental.

—¿Quieres todavía jugar al héroe? —musita Rosana acariciándome el cogote.

Dejo caer el mentón sobre el pecho. Alzo lentamente la cabeza, con un rictus de desesperación que me valdría —a fortuna en cualquier escenario. Y mascullo resignado:

—Acepto. Qué remedio...

Me sueltan el brazo. Me lo froto, y cogiendo el aparato soplo en la boquilla. Tengo que localizar las armas más cercanas y el campo de acción. Debo poner en funcionamiento eso que dicen que poseo: la inconsciente acometividad del loco que fue acróbata guerrillero.

Le devuelvo el aparato a Chang:

—Llame a Lustic. No sé siquiera su número telefónico.

Me cree, y cuando coge el trasto, pego el brinco que me transportará a la gloria o al cementerio.

CAPÍTULO X

Arrastro en mi zambullida al radio más cercano que está armado. En la misma embestida le arranco la pistola. Oigo un disparo, pero era de suponer. Estaba previsto que no se iban a quedar parados.

He empleado el cuerpo de mi adversario, sorprendido como protección y es el pobre quien, con un gruñido, encaja el proyectil que me era dedicado. En mí distensión hacia arriba, mi objetivo siguiente era enlazar por detrás al ayudante del radio. Le tengo atrapado por el pes cuezo, y es un parapeto excelente.

He provocado una cierta estupefacción. No me creían suicida. Yunk Chang tiene cara de fastidio. Rosana está interesada, como la niña que asiste a una película donde el actor de pronto se olvida su papel de condenado a muerte, y cree poder salvarse.

—Disparen —ordena el amarillo.

El pobre al cual tengo agarrado, esboza una protesta. Se encoge, doblado por la cintura al recibir la ráfaga.

—Y ahora suelte su arma o morirá usted tan seguro como que estoy sentado aquí —sentencia Chang.

—Fíjese en el detalle. Le meto plomo apenas me roce metal.

—Aquí está el plan —dice el estoico amarillo, señalando sobre su mesa un cuaderno garrapateado—. Tres de los aquí presentes pueden llevar a buen término mi plan. No los conoce y morirá antes que sean descubiertos.

Empiezo a retroceder hacia la puerta, enlazando siempre delante mío el cadáver. Chang emite dos sílabas raras. Un hombre se abalanza hacia mí.

Tengo que taladrarle la frente.

—Una bala menos —cuenta el chino—. Le quedan diez. Tengo

doce voluntarios dispuestos a sacrificarse a mi orden. Cuando habrá liquidado a diez, los dos restantes se ocuparán de rematarle.

—Ha perdido, Chang. Y lo sabe.

Arruga los párpados, intentando adivinarme, y se lo aclaro:

—No dispararé contra sus esclavos, sino contra la instalación.

Eso le inquieta un poco. Inexpresivo el rostro, pero le baila un músculo en la mejilla. Entro en detalles.

—Sus aparatos son delicados y ultrasensibles. Desde que estoy aquí, he aprendido algo. Tres cuadrantes gobiernan los demás. Dispararé en dichos cuadrantes y su fábrica de intoxicación quedará fuera de uso. Es más grave que perder varios seres humanos.

—Usted no sabe cuáles son los mecanismos clave.

—Claro que lo sé. Por esto mismo, no ha ordenado todavía a sus tiradores que empiecen a trufarme, teme una posible bala perdida.

Me mira como si quisiera fascinarme.

—¿Qué pretende?

—Mi piel. Un guía primero y segundo que me deje salir libremente.

Da una orden y un tipo avanza hacia mí. Solicito:

—Cuidado, ahora, Chang. Ordénele que camine dándome la espalda, y con las zarpas tras la nuca.

El amarillo calcula que mi piel no le sirve. La instalación sí. Ordena. El esclavo obedece. Le cojo la pistola aplicándole a la vez un empujón con la suela en sus fondillos.

—Y ahora, queda claro, Chang. El menor error causará la muerte del artista, pero supondrá la rotura total de su bonito juguete.

Los pocos pasos de cangrejo que tengo que realizar abrazando mi cadáver protector, me parecen interminables. Yunk Chang está más amarillo que nunca. Adivino su cálculo. Haga yo lo que haga, llegaré tarde.

Mi fanfarronada de sabio en transmisiones ha dado resultado. Yo hubiese disparado al buen tuntún. Habría causado deterioros, pero no bastantes. Eso no lo sabe él. Los inteligentes técnicos creen que un agente sabe muchas cosas.

Rozo la puerta. Levanto la palanca, y apenas he franqueado el dintel, oigo correteo. Cierro la puerta a la vez que suelto el muerto, y me estiro por el pasillo.

Una granizada de balas repica sobre el metal del portalón. Un

fulano aparece, metralleta pegada al costado. En aquel pasillo es como en una galería de tiro. Si el pimpampum no ha sido derribado, gana.

Mi píldora le sacude el buche, y el segundo taponazo *le* taladra la inclinada cabeza. Cae y por el suelo resbala su metralleta que agarro ávidamente.

Largo una ráfaga al fondo, a ciegas, y corro en dirección a una escalera. A cada sople espero la salpicadura de plomo que me freirá. No aparecen tiradores.

Está claro. Chang, salvo el centinela abatido, tenía a su personal metido en la rotonda. Me pierdo un poco en aquel laberinto de muros grises. Si me extravió en el momento decisivo, sería para echarse a llorar.

Oigo pasos y dos tipos uniformados acuden hacia mí. No les veo todavía. Me inmovilizo contra la pared y apenas asoman, riego con la metralleta. Es como segar espigas.

Reemplazo mi herramienta ya vaciada por otra de los recién llegados. Continúo mi ascensión. Ya salí una vez de esta madriguera. No es tan difícil. Sobre todo con el ansia de vivir que de pronto me hace optimista.

Llego al vestíbulo. Dos atléticos uniformados vigilan la entrada. No la salida. Son agregados Kripol. Alemanes muy disciplinados. A distancia prudente, empleo mi mejor alemán y el estilo marcial adecuado, para ladrar guturalmente:

—¡Cuerpo a tierra, arrr!

Se vuelven asombrados, y viendo mi metralleta, obedecen. Es fantástica la sensación de poder que concede la posesión de un artefacto tan persuasivo.

Avanzo y les aplico dos soberbios culatazos en la cresta: Inútil correr el peligro, de que oigan disparos. Y estos dos tienen suerte. Salir de un buen sueño *con* leve grieta y chichón, es un obsequio de los dioses. Fuera el que maneja la puerta, pasea indolente. Cuando me ve, se pone nervioso. La boca de la metralleta le hace señas que se comprenden en cualquier idioma.

Con la seguridad de que apenas salga, le bastará soplar del silbato que cuelga al cuello, para que acudan desde dentro un pelotón, abre casi ceremoniosamente.

Vigila el cañón de mi metralleta. No la culata metálica, y un

silencioso giro de codos, le incrusta el metal donde duele. En la nuez. Saluda, y tengo que hacerle besar el suelo con el culatazo correspondiente. Ya fuera, galopo como si tuviese la ambición de ser seleccionado para los Olímpicos. Por el camino, voy desprendiéndome del arsenal, porque sospecho que, en estos instantes, ningún militar acogerá con simpatía al paisano que parezca jugar a soldaditos.

Y mi sana intención, mientras corro, es volver a mi papel de informador sin más derroche de munición. Oigo a mi espalda el ronquido de un motor. Un «jeep». Ruso. Con un oficial erguido. Le interpele. Gira el busto y me contempla altivamente.

Alzo ambas manos y sigo aullando. Ordena al chofer que se detenga y yo bramo pidiéndole si habla alemán. Con la cabeza, afirma.

—Lléveme en presencia del general Scriabin.

Encoge los hombros, desdeñoso.

—Grave, muy grave —insisto—. Muchas cosas tengo que explicar.

Y como sigue con cara escéptica, agrego:

—Soy francés, agente de información. Hágame prisionero, vigíleme a punta de pistola, pero lléveme ante su general.

Soy muy convincente, supongo, puesto que desenfunda, me encañona y dice:

—Suba.

Sin duda ha sido lo de agente de información lo que le ha decidido. Ya se ve recibiendo la medalla del Buen Cazador por haber capturado un espía.

A ver si voy a parar a una bodega de la Lubianka. Pero no tengo tiempo de trabajar artísticamente. El teniente soviético no dice ni media. Me encañona la cabeza hasta que llegamos ante un inmenso edificio que tiene aspecto de cuartel moderno.

En el patio, el oficial me señala que descienda. Luego me hincala la pistola en los riñones. Me guía y conduce a base de toque de pistola. Es una sensación ofensiva. No se puede decir que reina la confianza en estas tiernas.

Me hace entrar en un despacho donde hay un oficial que colecciona bastantes galones como para ser por lo menos archicoronel. Me interroga bruscamente:

—¿Qué quiere?

—Ver al general.

—Está demasiado ocupado. A causa de usted y de sus aliados belicistas.

—Precisamente por esto mismo —y empiezo a explicarle lo que pasa en el subterráneo del amarillo.

Primero me contempla colérico. Está seguro que estoy como una chota. Cambia de expresión cuando le relato el combate entre las dos patrullas, con los detalles oídos a Chang, y por el micro.

Le aclaro lo de «nublar» las transmisiones y el llamamiento del general Dexter.

—No nos llegó —rebate bruscamente.

—Como es lógico. Lo nubló el amarillo.

—En su opinión, partidarios de la guerra, actuando entre los suyos y los nuestros, ¿se aliaron para hacer inevitable el conflicto?

—Es indiscutible.

—Aguarde un momento —y sale pitando.

El teniente ruso ha enfundado. Me sonrío. Habla el alemán como yo, es decir, correctamente.

—Era mi obligación tomar precauciones.

—Lo mismo habría hecho yo.

Eso le agrada. Está contento. Me tiende la mano y suspira; como dando a entender que, para ser un imperialista, resulto casi potable, gracias a mi vestimenta del productor.

El coronel regresa y me hace seña de que le siga. Poco después me veo ante el general Scriabin. Rostro de dogo, cabellos en cepillo. Me escucha en silencio, y no hace comentarios.

Pero apenas he acabado, le habla en ruso al coronel. Después se dirige a mí, en alemán:

—Usted nos conducirá a este chalet. Iré yo mismo. Después irá a la otra zona, y pedirá ver inmediatamente al general Dexter. Le hará el mismo relato que me ha hecho. Suspenderé los movimientos de tropa dentro de media hora. El teniente Stepan, aquí presente, le acompañará con esta credencial.

Garabatea unas líneas en recio papel y especifica sabiamente:

—Ya no podemos fiarnos de las ondas. Hemos de regresar al sistema de mensajeros portadores.

Vuelvo a Instalarme en el «jeep» del teniente Stepa que ya está

dispuesto a fumar la pipa de paz. Presiento una curda monstruosa, si volvemos a encontramos en un ambiente menos tenso. Una curda estilo «fraternidad cosaco-degaullista».

Tras nosotros, en fila, camiones cargados de soldados artilleros hasta los bigotes. Yunk Chang, el fanático de los estampidos, se va a hinchar de su diversión favorita.

Llegamos a la calle. El chalet queda sitiado. Scriabin debe ser veterano de Stalingrado. Sus artilleros ya están zumbando.

Stepan, su «jeep» y yo, vamos hacia la frontera. Varias veces nos detienen pero la credencial de Scriabin nos abre el paso. Por todas partes hay barreras y caballos de frisa.

En las plazas y encrucijadas se agazapan quietos, los carros. Bastaría una chispa, Chang había calculado bien su plan.

El oficial Vopo, mi colaborador, está en su puesto cuando llego en «jeep». Está atónito y le hemos perdido. De ahora en adelante desconfiará de mí. En el puesto francés, el brigada también está estupefacto. Un poco más y empaquetaría a mi camarada ruso.

Me dice que las consignas son estrictas: disparar sobre todo destacamento sospechoso apenas aparezca. Le hago notar que yo no soy sospechoso. Pero él persiste:

—Han repartido carros lanza-cohetes en semiarco. Eso es la guerra.

—Todavía no. Consígame un «jeep».

Sigue mirando con recelo a Stepan que parece una estatua de hielo. Elevo la voz:

—¡Un «jeep», señor brigada! Con este coche ruso, nos pararían cada cinco pasos. ¡Un «jeep» francés, ya mismo, pitando!

No hay nada como un par de berridos para sentar buena disciplina. Apenas llega el «jeep» y se apea el soldado, agarro el volante y embalo en dirección al cuartel general americano.

El capitán que nos recibe es de Texas. Canturrea:

—Usted y su Iván descansarán un poco en celda, para refrescarse. Usted es un alemán provocador.

—Soy francés y le bastará agarrar aquel teléfono, llamado al coronel que es mi jefe.

El tejano medita un rato. Por fin, se cambia el chicle de maxilar y consiente en marcar los números que pido. Mi apreciado coronel se identifica.

Luego, su primera pregunta es irónica. Quiere saber cómo me las he arreglado para producir un desorden tan caótico. Le digo dónde estoy, y lo que se fraguaba. Me anuncia que ya hablaremos mano a mano.

El general Dexter se parece a Gary Grant. Me escucha con interés. Su rostro se ilumina. Da un puñetazo en la mesa. Ya está explicado el conjunto de misterios con los cuales se tropezaba desde que le despertaron intempestivamente.

Le traen el teniente ruso que se cuadra como un autómatas. El general empieza a soltar órdenes a diestro y siniestro. Se trata de detener todo movimiento de tropas.

Nos da las gracias, y también a Stepan. Suena el teléfono y nos dice que esperemos un momento. Coge el aparato, y sus palabras me hacen el efecto de una suave brisa refrescante:

—Encantado de oírle, general Scriabin —y ríe bonachón—: Estaba ya pensando que quería usted exterminarnos... ¿Usted también?... Hombre, espero que nunca... Me han dicho que usted juega al ajedrez magníficamente.

Escucha. Asegura que ya ha dado todas las instrucciones necesarias para que no estalle ningún nuevo incidente. Gasta su broma campechana a modo de despedida:

—Por lo menos durante veinte años me contentaré con pegarle y duro al ajedrez, amigo mío... Eso es... De acuerdo... Envíeme su primera jugada, y le prometo mate en treinta... Gracias, gracias. Hasta pronto.

Versalles, vaya. Cuelga y satisfecho, me explica:

—Han limpiado el «bunker». De ahí mismo me telefoneaba. El amarillo no quiso rendirse. Lo acribillaron. Solamente quedaron tres supervivientes. Pero según Scriabin, varios cómplices pudieron huir.

—¿Habló de alguna mujer?

—No —y parece sorprendido—. ¿De quién se trataba?

—De una rubia espléndida, que era muy bien vista por algunos colegas suyos, general.

—Ah... Si Scriabin la hubiese visto, me lo habría dicho.

—Quizá.

Pasamos al despacho del capitán tejano. Extiende un pase para el teniente Stepan, y canturrea:

—Pasamos una hora bien caliente.

—Seguro que sí —apruebo.

—Las consignas del Pentágono eran claras —y mirando al ruso, pregunta: ¿Usted entiende inglés, teniente?— «Niet».

El capitán satisfecho me explica:

—Las consignas del Pentágono eran claras. Si, dentro de dos horas, los rusos continuaban con sus desplazamientos y no cesaba el fuego, los primeros cohetes se echaban a volar.

—En Rusia también —asegura sonriente el teniente Stepan.

El tejano casi se traga el chicle. Luego ríe. Y afirma en alemán:

—Aquí terminamos todos políglotas. Estábamos convencidos que ustedes buscaban la gran discusión coa trifulca casi definitiva.

—Eso mismo pensaban mis mandos —replica Stepan.

—En Washington ya no daban crédito a lo que decía vuestro presidente, puesto que cuanto más hablaba de paz, más se envenenaban los tiroteos. Creían que solamente querían ustedes ganar tiempo.

—Eso mismo nosotros.

Vaya, escapamos por poco. ¿Gracias a quién? A mi menda, a mí, a Jean Pascal, francés medio. Pero nadie me dedica el menor piropo. Dan por hecho que mi obligación es jugarme la piel cada día.

De todos modos, la coexistencia pacífica, a veces es útil. El capitán tejano y el teniente cosaco se congratulan mutuamente. Falta poco para que se condecoren el uno al otro.

Les dejo a sus efusiones.

Me queda una visita urgente. Puede resultar peligrosa. Es una pena.

CAPÍTULO XI

En el teléfono me comunican que Buster acaba de abandonar precipitadamente su despacho. No me sorprende.

Nueva travesía de Berlín. Buster no vive lejos de mi casa. Aunque, ya no tengo casa. Me refiero al piso que disgustaba tanto a Yunk Chang que prefirió convertirlo en inhabitable.

De todos modos, no voy a permanecer mucho más en Berlín. Lo presiento. ¿Y dónde iré a llevar en el futuro la cultura francesa?

Llamo a la puerta de Buster. El rumor que oía, se calma al instante. Un paso se acerca, y la voz de Buster resuena a través del panel:

—¿Quién es?

Escojo la entonación desesperada del hombre perseguido. Casi lloriqueo:

—¡Auxilio...! ¡Auxilio! ¡Me pisan los tacones! ¡Van a detenerme!

La puerta se abre de golpe. He ganado. Buster ha temido que yo fuese uno de la banda. Un cómplice desenmascarado. Es siempre pernicioso tener la conciencia turbia. Los cómplices pueden hablar, chivarse.

Embisto cabeza baja. Y encuentro un estómago que ha recibido ya tantas dosis de *whisky* que ya no soporta el choque.

Buster emite un gran suspiro, antes de ir a encajar sus sentaderas en un sillón.

Alzando el busto, pistola en mano, contemplo a Rosana.

Siempre tan hermosa, siempre tan dueña de sí misma, y de muchos otros.

Sonríe como si tal cosa:

—Hola, Pascal.

—Me olí que estarías aquí, guapa.

—Eres un talento. Casi genial.

—Sin el casi.

Buster ha recuperado el aliento. Está furioso, y ruge:

—Te voy a...

Le interrumpo haciendo girar mi pistola en torno al índice. Un truco que me encanta. A cada palabra, detengo el molinete, encañonándole:

—El que ahora habla soy yo.

Buster me injuria en francés, en americano y en alemán.

—No traduzco, Buster. Lo comprendo todo. Jugaste sobre un caballo amarillo perdedor.

—Si no te hubieses entremetido, los aplastábamos.

—Sí, sí, ya, ya.

—¡No eres más que una basura de puerco francés!

—De acuerdo. Y ella, ¿es Juana de Arco?

—Ella nos hubiera permitido conquistar un siglo de paz.

Silbo, admirado:

—¿Eso te hizo creer? ¿Y cómo diablos se gana este siglo de paz?

—Hubiéramos destruido el régimen soviético.

—Pero ¿te paraste a pensar que también ellos os destruirían?

—¡No! Los habríamos aniquilado por sorpresa.

—¡Qué sorpresa ni qué crío difunto! Yanquis y cosacos os hubierais hecho papilla.

Señalo a Rosana con la pistola:

—¿Te explicó la historia del amarillo Chang?

—Claro. Ella lo tenía dominado. Chang trabajaba para la paz.

Rosana me contempla con aire irónico. Siento cosquillas en la palma de la mano. Dice ella:

—Buster es muy inteligente. Supo comprender todo el plan.

Eso ya me calienta la sangre. Primero advierto:

—Escucha, vampiresa. Habla poco. Nunca le he pegado a una mujer, pero si dices algo fuera de tono, palabra que estampo un piñazo en tu linda boca.

Buster me mira agresivo. Ya se dispone a salir en defensa de la virtud ultrajada. Le hago señal de que se apacigüe. Voy a procurar disiparle la niebla de su enamoramiento lento. A ver si logra ver claro:

—Veo que no has entendido todavía que hemos estado a punto

del gran estampido. Trata de comprender que los yanquis y los cosacos estuvieron a punto de haberse migas, vaciar sus arsenales y aniquilarse, todo por los bellos ojazos de Rosana, embajadora del amarillo cerebro de Yunk Chang. Todo a favor de la oleada amanilla.

—Habríamos conseguido el primer triunfo. Luego habríamos eliminado a Chang y sus cómplices.

No hay modo. Está intoxicado por Rosana. Pretende abandonar su sillón, pero vuelve a sentarse, gracias a la batuta calibre 7.65. Le pregunto a la seductora:

—¿Cómo lograste salir del «bunker»?

—Yunk Chang captó un mensaje donde se hablaba de ti. El general ruso anunciaba tus informes. Comprendió que todo había acabado. Había creído que no saldría vivo.

Suspira resignada. Añade:

—Empezó a destruir las instalaciones. Me fui.

Y levantándose, agrega sonriente:

—Me voy.

—Y un cuerno. Te quedas —y le corto el acceso hacia la puerta, apuntándole al centro de su bella anatomía.

Se detiene y su risa es casi sincera:

—¿No has matado bastante, Pascal? Pretendes ser un pacifista.

—Quiero entregarte.

—¿A quién? ¿A los americanos? Me defenderán con ardor. ¿A los rusos?

—Tú has engañado a todo el mundo.

—Precisamente. Así nadie puede quejarse.

Su cinismo no me subleva. Me contempla compasiva:

—Mis amigos siempre están bien situados en el ejército y en la política. Tienen interés en que no me ocurra nada. Te lo traduzco. Desean que me dejen en paz.

—Tus amigos me tienen sin cuidado.

—No lo creas. ¿De qué ibas a acusarme? ¿De contactos con ciertos elementos rusos? Ésta era mi misión, precisamente.

—¿Y con los rusos, qué?

—¿Acusarme de haber tratado con Yunk Chang? Precisamente él era de la sección cultural aliada soviética. Y yo he facilitado numerosos datos sobre Chang y su red amarilla secreta, a los

propios rusos.

—¿Cómo explicarás tu presencia en aquella rotonda subterránea, en el momento mismo del primer combate?

—Será la demostración de que soy una espía formidable. ¿Crees que tú habrías escapado, si yo no te facilito aquella pistola?

Eso sí que es el colmo. Ella sabe perfectamente... Claro, ella y yo nada más. Si niego, dirán que me quiero calzar todo el éxito.

—Ya te dije que me decepcionabas, Pascal. Te lo repito. Tienes el espíritu obstruido por consideraciones pasionales y generosas. Eres un soñador idealista. Mueren jóvenes los sentimentales.

Me tiene fascinado con tanto cinismo. Además me mira con melancolía:

—De veras que lo lamento, Pascal. Me gustabas. Habríamos llegado lejos los dos juntos. Pero tendré que seguir mi camino, a solas. Todavía no renuncio. No está exterminado el Sindicato Invisible que decías.

—Eres un ángel diabólico.

Frase idiota que me horripila apenas dicha, pero la he dicho. Y ella sonrío aún más tristemente:

—No me queda más remedio, Pascal. A menos que me encuentres gente que pague tan espléndidamente para defender la paz, como pagan los que se enriquecen con las guerras.

Se me forma un nudo en la garganta, pero hablo en serio ya:

—Rosana, tu carrera termina aquí.

Deniega con gentil vaivén de la rubia melena. Le anunció roncamente:

—Voy a liquidarte.

—No, Pascal, eres demasiado bestia, demasiado hombre. Tú no matarás nunca a una mujer.

Tiene tanta seguridad y hay tanta calma en su actitud que por un momento me desconcierta.

Y mi pistola me salta de la mano.

Buster acaba de dedicarme un puntapié en el antebrazo, ha saltado hacia el arma que describe un arco, y la recoge casi al vuelo.

Me ha fastidiado mi colega. Ahora soy yo el que está al otro lado del cañón.

Rosana no exhibe manifestaciones triunfales, como tampoco

tuvo ni por un instante, expresión de vencida. Debe tener algo de sangre amarilla en las venas esta muchacha. O carecer de nervios.

Buster encañonándose disfruta horrores. Le pregunta a Rosana:

—¿Qué hago con él? ¿Un héroe muerto?

Ella encoge los hombros:

—¿Para qué? Quizá me alegre volver a verle algún día.

—¿Le quieres? —gruñe Buster.

—¿Yo? Nunca le quise. Me sirvió.

—Como yo —silabea Buster rencoroso.

—Eso es. Como tú —replica ella glacialmente.

Intervengo:

—Ojito, Rosana. Un enamorado sin esperanzas y un revólver con pepinillos, es algo muy peligroso, si están juntos.

—No, qué va —afirma ella desdeñosa, sonriente, encantadora.

Se dirige hacia la puerta, añadiendo:

—Adiós, a los dos. Me habéis divertido mucho.

—¿Por qué viniste a casa de Buster si ya no lo necesitabas?

Del bolsillo saca ella un llavero:

—Deseaba tomarle el coche prestado. Pese a mis influencias, prefiero que me olviden por algunos días.

Buster pone cara feroz. Presiento que va a hacer una desgracia, un estropicio. Rosana está abusando. Un yanqui enamorado es capaz de todo.

Buster lentamente, desvía su arma de mi anatomía y la dirige hacia Rosana. Ordena:

—¡Quieta, tú, Rosy!

Ella obedece, con aire de impaciencia. Personalmente, el momento me parece apropiado para operar una honrada restitución.

Mi puntapié es exacto al que me gratificó Buster. Está muy sorprendido, tanto más que logro también cazar al vuelo la pistola antes que caiga al suelo. Y le digo:

—Empatados. Uno a uno. Pero ahora llevo el balón.

Y le vigilo cuidadosamente. Concho. No vamos a pasarnos el día jugando al

«tuyo-mío»

con este petardo.

—Anda, Rosana, aprovéchate de que soy un sentimental.

Lárgate, vida mía.

Me lo agradece con una mirada que me derretiría, a no ser que está presente Buster y tiene reflejos rápidos el animal.

—Volveremos a vernos, Pascal —me promete ella dulcemente.

Y desaparece, se esfuma, se evapora.

Nos encontramos a solas, Buster y yo. Corazones mellados, penitas de amor, ¿vamos a verter lágrimas, cada uno sobre el hombro del otro?

He tirado la pistola a un rincón. Deseo que Buster no se eche a llorar. Por suerte, no lo hace. Me embiste con entusiasmo.

Bueno, es preferible desfogarse así. Toques de canto, rodillazos, llaves complicadas, brazos y piernas anudándose, toda la gama.

Hasta que ya no nos queda resuello.

Desparramados en sillones, boqueamos buscando aire. Solamente gozo de visión por un ojo. El ha escupido un diente que reluce aurificado sobre la alfombra.

Eso le produce un pequeño silbido para las labiales:

—Por tu culpa, no hemos ganado la guerra —gruñe solamente.

—La próxima vez, lo haremos mejor.

—Lo peor es que estoy enamorado —gime.

—Yo no. Y eso es todavía más triste, yanqui.

Medita unos instantes sobre mi reflexión y cabecea. Me da la razón.

—¿Tienes carne en la nevera?

—¿Carne... nevera?... Ah, sí.

Voy a la nevera. Tajo un trozo de filete crudo que me aplico sobre el ojo hinchado. No hay mejor sistema para reducir un ojo a la funerala.

—Quisiera saber una cosa, francés —susurra Buster mirando al techo.

—Y yo quisiera saber tantas...

—Dime, ¿piensas denunciar a Rosy?

—Nadie me creería.

—Gracias.

—¿De qué? Bueno, yanqui... Me voy a dormir.

—¿Sin rencor?

Nos sacudimos las diestras. No me la suelta. Su voz se hace confidencial.

—Dame la receta para olvidarla. El *whisky* no sirve.

—La mancha de una fresa con otra más verde se quita.

—¿Eso qué es?

—Escucha, tengo sueño... No pretenderás que te haga conferencia sobre el arte de no enamorarse. ¿Cómo era Rosana?

—Indescriptible, maravillosa, única.

—Error, error, mi querido piel roja. Era rubia, alta, bien proporcionada, ojos plata y mar, y boca golosa. Llégate al número 26, Friedenstrasse. Sótanos. Contempla a Olga, a las diez de la noche. Que no hable. Que te oiga. La llamas Rosy. Es sonrosada. Es ella. Es tu amor.

—No es Rosy. Es Olga.

—Es la mujer. Todas tienen el contenido que nos embriaga. ¿Qué importa el frasco? Más o menos son iguales exteriormente. Y somos nosotros los que les prestamos a ellas maravillas de almas, corazón y poesía. A media luz, Olga será Rosy. Palabra.

Se ha quedado reflexivo. Hará caso de mi receta. Si se curará o no, eso ya es cuestión de imaginación.

Desgraciadamente, esos yanquis son noblotes, ingenuos y positivos. Pero algún día, a la larga, se europeizarán. ¿Para bien o mal? Allá películas. Salgo a la acera, dispuesto a llamar el primer taxi que pase.

Vaya. Mi coronel. Señalándome su «Peugeot» color acero. Se instala al volante. Yo, a su lado, reclino la nuca en el respaldo.

—Tengo mucho sueño, señor.

—Luego le cantaré la nana. ¿Ha almorzado?

—Sí.

—¿Está con fatiga mental?

—Siempre.

—El «Caimán» me ha preguntado qué opino sobre la agente Rosana.

—No ha nacido todavía el lagarto por gordo que sea, que logre sacarle a usted su opinión verdadera, jefe.

Relincha un poco. Sé que de un momento a otro me disparará la gran sorpresa. No me cogerá desprevenido.

—Volvemos al alegre París, muchacho. Cancán, champaña y violetas. ¿Se da cuenta? Dicen que usted y yo somos algo alocados, que nos agitamos mucho y que si seguimos en Berlín, acabaremos

por organizar un desastre.

—En París, tengo una buhardilla alquilada anualmente. Quisiera disfrutar de las vistas de los jardines del Luxemburgo.

—Allá vamos.

—¿Eh? ¿Ahora mismo?

—Cuanto antes, mejor. Circula una noticia curiosa. Adivine.

—Que nos van a dar una paga extraordinaria, con hotel de todo lujo a nuestra disposición en una playa dorada, solitaria.

—Casi, casi. A mí me destinan a la Sección de Archivos central. Ordenar por el abecedario los expedientes, los recortes de prensa y otros trabajos similares, propios de mi sexo.

—Concho. Lo siento. Yo no pensé perjudicarlo.

—Gracias, acariciaba esta ilusión.

—Pero, esto es el colmo... ¿Qué hicimos? ¿No impedimos una explosión cuyos resultados siempre ignoraremos?

—Eso nos consta a usted y a mí, capitán. Pero se olvidó usted de lo esencial. Debíó escribir subordinadamente sus primeras impresiones. Una cartita que dijese más o menos que rondando cerca de determinado chalet tenía usted la impresión de que se fraguaba algo sospechoso. Yo transmitía su carta por la debida escala jerárquica. Esperábamos la respuesta. Entonces si se lo permitían, *usted* llamaría a la puerta del citado chalet, pidiendo permiso para entrar. Si se lo daban, me lo hacía saber. Yo a mi vez lo participaba al Ministerio, etc., etc.

—Vaya... Y mientras los demás escabechándose. ¿Quiere que le diga una cosa, señor?

—Primero yo. Se saltó a la torera, las escalas jerárquicas administrativas. Se supuso usted un agente independiente, actuando sobre la marcha sin atender lo importante. Comunicar sus pasos, uno a uno. Si le hubiesen liquidado, amigo mío, no habiéramos podido impedir la escabechina. Eso dicen nuestros superiores. Amén. Su turno, joven.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor?

—Soy todo oídos.

—Renuncio. Presento mi dimisión. Prefiero vender coches, o pastorear turistas escandinavas. Renuncio definitivamente.

—Eso me dijo usted hace dos años, en julio. El año pasado, en octubre. Qué le vamos a hacer. La ingratitud humana me tiene sin

cuidado. Al fin y al cabo, yo trabajo por mi gusto. Por mi secreto juramento. Que renuevo cuando le llevo sus flores preferidas a mi madre. Lucho por ella, y por todas...

—Almorzaremos en una simpática aldea bávara, Pascal.

Mientras confecciona el menú, pienso en Rosana, en Buster, en la pesadilla amarilla, en Irma Flugel. Hay que borrarlos a todos del recuerdo. Mirar siempre hacia delante. Nunca atrás. Por un sendero descende una alemana de trenzas. Lleva una cántara metálica sobre la redonda cadera. Acaba de ordeñar a lo mejor. Está succulenta. Natural, sencilla, ingenua, coloradota de mejillas. Ésa sí que es la hembra ideal. Siento deseos de apearme en marcha y correr a retozar por la hierba con ella.

El coronel detiene. La ingenua aldeana acude, se inclina, y sonríe.

—Hola, Hildegard —saluda el coronel—. ¿Ninguna novedad?

—Ninguna, señor. El destacamento británico abandonó la fábrica de colorantes. Se trasladó a los edificios de la Central Lechera. La sección artillera del puente Pembrusck ha retrocedido hacia...

Cierro los ojos. Desconecto los tímpanos. ¿Dónde está la hembra ideal sencilla y primitiva?

Reanudada la marcha, el coronel silba una tonadilla. Es un sentimental. Le gusta la canción que habla de primaveras, margaritas y puestas de sol. Tiene razón. Existen.

Siempre habrá primaveras, margaritas y puestas de sol.

FIN



EL YOGA



Usted-quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apdrtar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

tantas otras cosas.

MARABUZAS



COLECCION

PUNTO ROJO





Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España